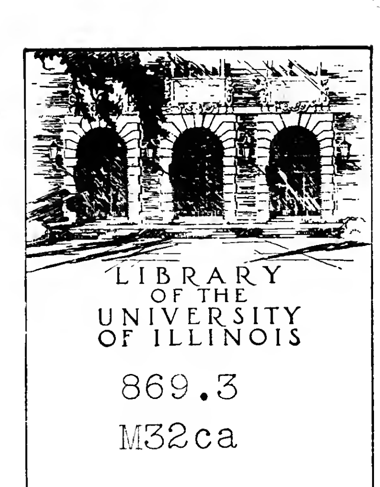


LA CANCIÓN OLVIDADA

ARTURO MARASSO ROCCA

LA CANCIÓN OLVIDADA



BUENOS AIRES

LIBRERÍA LA FACULTAD, DE JUAN ROLDÁN

436—FLORIDA—436

1915

ÍNDICE

Págs.

DEDICATORIA 9

ENSUEÑO

I.—Meditación de la tarde 13
II.—La nostalgia de ayer 17
III.—Jardín de esperanza 18
IV.—Ribera harmoniosa 20
V.—Retrato 21
VI.—Invocación 22
VII.—Dulce retorno. 24
VIII.—Evocación 26
IX.—En el misterio. 29
X.—Calma vesperal 30
XI.—Intensamente... 31
XII.—Adolescencia 32
XIII.—Fugitiva 33
XIV.—Alma 35
XV.—Al ocaso... 37
XVI.—Revelación 38
XVII.—Frente al paisaje 39
XVIII.—*Miserere Dómine*. 41
XIX.—Las horas 43
XX.—Dolorosa. 45

Págs.

XXI.—Luz. 46
XXII.—Melancolía 47
XXIII.—Eva inmortal 48
XXIV.—Nocturno 50
XXV.—De ayer 52
XXVI.—Me soy lejano. 54
XXVII.—La estrella de la tarde. 56
XXVIII.—Al tornar en la noche 58
XXIX.—Mística 60
XXX.—Ilusión, ilusión... 62
XXXI.—La canción olvidada 63
XXXII.—A mi perro. 66
XXXIII.—Hacia la gloria 68
XXXIV.—Las rosas 70
XXXV.—Crepuscular 72
XXXVI.—Media noche 74
XXXVII.—Convalecencia. 77
XXXVIII.—Alta noche profunda 78
XXXIX.—Autumnal 79
XL.—Al enigma 81
XLI.—Siempre 83

VISIÓN

I.—Intensidad 89
II.—*Ecce homo* 90
III.—Los bárbaros 91
IV.—Anunciación 92
V.—Aguardo al Pensador 94
VI.—Juventud. 95
VII.—Invoca a Juventud 96
VIII.—Releo el libro grave. 97

Págs.

IX.—A Friedrich Nietzsche. 98
X.—Angustia. 100
XI.—Paz. 102
XII.—Olvidarán los siglos... 103
XIII.—Orgullo 104
XIV.—Jesús 106
XV.—Al mar 108
XVI.—Después 110
XVII.—Mano amiga 112
XVIII.—Al Maestro Divino. 114
XIX.—A Hugo 115
XX.—Así sea 116
XXI.—Dolor. 117
XXII.—Los conquistadores. 119
XXIII.—La eternidad 120
XXIV.—Al que vendrá. 122
XXV.—Caín 123
XXVI.—Vida 124
XXVII.—El profeta 125
XXVIII.—Sofistas 126

POEMAS

En el abismo 129
Lázaro 137
Las visiones del hombre 147
Natura rerum. 159
I.—Los cisnes 161
II.—Los Cóndores. 162
Los ciervos. 163
Los bueyes 164
Los pavos blancos 165

ÍNDICE

Págs.

Ruiseñores 166
Los pavos reales. 167
Las abejas 168
La tarde 169
El hada Alegría 170
El alma de tus ojos. 171
Poesia. 173
Religión 174
Amor 175
El Horeb. 177
La noche. 178
Los héroes 179
Señor, Señor... 180
Las fuentes del crepúsculo 181

A Joaquín V. González
en prueba de alta admiración
y de profundo afecto, dedica
este libro

A. M. R.

ENSUEÑO

I

MEDITACIÓN DE LA TARDE

La tarde, melancolía,
    serenidad;
es dulce en el alma mía
    la eternidad.
En su paz, entre dormida
    meditación,
es una rama florida
sobre de mi corazón.

Remanso leve y arcano
    de la inquietud,
vamos lentos, de la mano
desconocida, a un lejano
florecer de juventud...

Ansia escondida, inexperta,
    luz, numen, fe,

no se ha cerrado la puerta
de lo que fué;

ni es nuestro dolor exiguo
sombra nefasta;
un dulzor suave y ambiguo
perfuma al rosal antiguo
que el huracán no devasta.

La tarde es una ribera
desconocida
donde el alma nos espera,
para ir juntos por la vera
silenciosa de la vida...

Es corazón y es latidos;
entre albores y sonrojos
en paisajes abolidos
se abren los ojos...

Como Ruth, cogiendo espigas
en los trigales,
así sus horas amigas
en nuestros males.

Es un arca y un tesoro
y es una hoz,

que siega quimeras de oro
en los azules de Dios.

La tarde, melancolía,
serenidad,
es dulce en el alma mía
la Eternidad.

En esta suave tristeza
grata y en la
paz que a descender empieza,
cubre en luna la cabeza
el Más Allá...

La frente inclina,
purifícate, sé bueno,
en un temblor sereno
la hora divina

al desnudarte del velo
de angustias breves y diarias
descubre en ti y en el cielo
las estrellas solitarias.

Serenidad...
Eternidad...
Eres la tarde y el mundo
en el corazón profundo

de la verdad.
Cual la Ruth, de Hugo, ante Booz,
estáis dormido,
en el corazón florido
de la Eternidad de Dios.

II

LA NOSTALGIA DE AYER

La tristeza doliente de esta noche de luna,
incorpora en mi alma la nostalgia de ayer,
los sueños, la tragedia, la adolescencia y una
congoja dolorida del alma que se fué...

Atrás queda el camino poblado de visiones,
de gloria y esperanzas, de juventud y amor,
la dulzura soñada de ingenuas ilusiones
y virginal y diáfano mi otro corazón.

Atrás queda el camino poblado de visiones,
los nardos en el alba, la tarde pastoril,
las sendas que debía cruzar hacia el destino,
mis ciudades futuras, que al azar las perdí.

Las Veronas románticas, las noches misteriosas,
de susurros dulcísimos y oculto ruiseñor,
y en las ansias quiméricas de una ilusión en rosas,
la espera larga y única de lo que no llegó...

III

JARDÍN DE ESPERANZA

I

¡Cómo sangran tus plantas; en el lino
de la túnica azul, bajo la estrella
que arde en tu frente su fulgor divino,
de la espina tenaz muestras la huella!

¡Cómo miran tus ojos; tus pupilas
en sus profundidades ignoradas,
tienen virginidad de frescas lilas
y un remanso de tardes encantadas!

Tus manos lentas, suaves como almas,
son para consolar la dolorida
cabeza del que sufre; y en sus palmas
se abre la flor purpúrea de una herida.

II

Eres toda, sonrisa, amor, destellos
de una alegría inmensa de tesoros
angélicos; te envuelven tus cabellos
auguralmente diáfanos, en oros.

Ríes con el cristal de las divinas
músicas; resplandece tu hermosura
como en las catedrales y vitrinas
vírgenes áureas de inmortal ventura.

De las abejas los fragantes vuelos
circundan tu cabeza soñadora,
y eres la luz eterna de los cielos
encendida en los mares, con la aurora.

IV

RIBERA HARMONIOSA

¡Oh! ribera harmoniosa, playa desconocida,
donde el duro martirio de los humanos males
se duerme con las rosas más blancas de la vida
a la paz inefable de los signos astrales.

¡Oh! piedra blanda y dócil a la triste cabeza
que en eterno remanso suspende el agrio viaje;
en ti la aurora emerge de un destino que empieza
como el alción que vuela del peñasco salvaje.

Fraternalmente cubres con tus sombras divinas
la infecunda miseria de dolor y locura,
tienes la acre fragancia de las hierbas marinas
y del plácido olvido la serena amargura.

El misterio doliente de tus velos nupciales
y el beso inacabable de la angustia postrera,
desvanecen en luna los duelos espectrales
y ofrecen para siempre su luz de primavera.

V

RETRATO

En su mirar inmóvil y absorto, la caricia
voluptuosa, lenta, perdurable y callada:
toda un alma de fuego, de fiebre, en la mirada
como un vino diabólico y angélica delicia.

Y, miel y llama y muerte, su boca: voluptuosos
labios: insinuantes, perversos, celestiales,
cuyos dientes mordieron el fruto de los males
y del bien, en instantes divinos y angustiosos.

La cabellera fértil, como el agua, ondulante;
negra, profundamente negra, su terciopelo
se enrosca en su fatiga de serpiente jadeante.

Se presienten las manos: luengas, finas, nerviosas;
y surge el alma trémula, de un inefable anhelo
flotando en las inmensas miradas misteriosas.

VI

INVOCACIÓN

Enciende tu alma pura en mi alma tenebrosa,
en mi duelo de fiebres, de visión y de ser,
donde fatal y extática mi eternidad reposa
en un delirio aleve de sueño y de mujer.

En la cima de siglos mis brazos se han abierto,
arde en mi boca el beso de espinas del dolor
y esfúmanse mis torres en el azul incierto
llenando los crepúsculos de un extraño pavor.

Vuelve a mí las serenas miradas, vesperales
los oros de los cielos, silencian en el mar;
vuelve a mí tus miradas, dos quimeras astrales,
sobre un monte nevado de un inmenso esperar.

Envuélvete en mis sombras como el tul de una aurora
traslúcida en tus nimbos de milagro y amor,

on tu ciencia divina que eternamente ignora,
us plantas sobre el cuello de Satán, del horror...

En la cima de siglos te invoca la mirada
n tu gloria de estrellas, clara novia irreal,
siento mis derrumbes sobre la inmensa nada
que circunda el zodíaco de torres de cristal.

VII

DULCE RETORNO

Cuando al morir la tarde enciende el Véspero
su temblorosa claridad lejana,
y aun perduran los lilas y violetas
del ocaso suntuoso, en la montaña;
y un raudal de supremas armonías
en un idioma misterioso embriaga;
y cuelgan de los sauces, negros ramos
el remanso verdoso de las aguas.

Cuando el grillo esmerila sus metales
y agrávase el silencio en esperanza
cual ave inmensa descendiendo inmóvil
de un azul estrellado las dos alas;
y al dolor pasional de nuestra vida
son más dulces los ojos que nos aman,
torno a mi hogar callado, que me espera
con su luz pensativa en las ventanas

y su paz interior que nos sonríe,
y el secreto de gloria de la amada.

Llena a veces la luna el horizonte,
proyecta de los álamos fantásticas
las sombras y atraviesan la penumbra,
errantes, las luciérnagas sonámbulas;
y hay de perros ladridos a lo lejos,
el vaho de los campos, la fragancia
de la divina juventud del mundo;
y está la senda, como nunca, blanca...

Oración, oración, cristiana y honda,
en el lento plañir de las campanas,
cuando hay besos de luz sobre los párpados
y una infinita soledad de alma;
guardo en tu seno un íntimo secreto
—secreto santo que mi vida guarda—
de ternura, ilusión y primaveras:
un corazón dulcísimo me ama,
y me espera el hogar bajo la noche
con su luz pensativa en las ventanas...

VIII

EVOCACIÓN

Íbamos en el crepúsculo
de suave calma serena
cuando florecen los cielos
luz inefable de estrellas;
el viento del mar salobre
silbaba en las rocas negras
y encrespaba tu olorosa,
tu flotante cabellera.
Sentíamos pena incógnita
que allá en las edades viejas
alzó el alma a los abismos
y trajo un Dios a la tierra.
Las lentas constelaciones
surgiendo de la onda trémula
en elevación magnífica
de una maravilla etérea,

el mar obscuro y sombrío,
fantásticas las riberas...

Cuando solo y triste y pálido,
cruzaba, otoñal, la selva,
viniste a mí lentamente,
misteriosamente buena...
y vi tus ojos profundos,
tus manos castas y trémulas;
y al decirte mis secretos,
mis ansiedades inmensas,
entrañablemente hermosa,
volviste a mí tu cabeza;
y eran tus ojos profundos,
todo en ti, calma, inocencia.
¿Todo lo ignoras o sabes?
No importa de dónde vengas
si en tu dulzura infinita
se erige en luz mi tristeza,
si son tus manos piadosas
en mi frente dos estrellas
y tu beso leve y fresco
una interior primavera...
Hay adentro en tus miradas
desconocidas riberas,
el alma del mundo surge
de tus pupilas abiertas...

...Íbamos por el crepúsculo
de suave calma serena
cuando florecen los cielos
luz inefable de estrellas...

IX

EN EL MISTERIO

Moriremos, Señor, cual las espigas
ante invisibles hoces segadoras;
nuestros duelos y angustias y fatigas
caerán a tus hoces segadoras.

Hemos andado mucho, por ciudades
muy lejanas, buscando los hermanos
que santifican en las soledades
la luz inmensa que sagradas manos
sostienen al tormento de la sombra.
Moriremos, Señor, bajo las hoces
de la invisible mano de la sombra,
fuimos sombras también, sombras veloces...

Mas en mí arde un misterio su luz pálida,
llama de blanco lirio de ti llega;
mi alma tiene dormida una crisálida;
¿hasta cuándo será mi alma ciega?

X

CALMA VESPERAL

Para aclarar mis horas hay un piano vecino,
llega lenta y harmónica la queja espiritual
de un aria temblorosa, de un nocturno divino
o un aire irreparable de dolor y jamás.

Ignoro el alma trémula que solloza en el piano,
ignoro la dulzura de la otoñal tristeza,
el marfil, perla y rosa, de la doliente mano,
la actitud de abandono, de amor y de belleza.

Al tornar en las tardes de los días amargos,
en soledad de muerte, profunda y angustiosa
para ver de la vida sus caminos tan largos,
la música encantada surge maravillosa.

Y despiertan esencias olvidadas, dormida
en su jardín de tardes, se erige espiritual
la fragancia de nardos y sueños de la vida
en un hondo remanso de calma vesperal.

XI

INTENSAMENTE...

Envuélveme en el éxtasis de llama
de tus brazos, florida primavera;
como cuando en el fuego de una hoguera
el aceite sagrado se derrama,
será mi corazón sobre la llama
fiel, de tu inagotable primavera.
Y callará el amor su serenata;
y al entreabrirse místico de azahares
sobre las níveas sendas estelares,
arderá con fulgores de escarlata.
En el fuego del mundo enardecida,
álzate pura y virginal y fiera:
y quémame en las llamas de tu hoguera
y quémate en la hoguera de mi vida.

XII

ADOLESCENCIA

Virgen incauta de mirar dormido,
Primavera la diosa, enciende núbiles
corazones; al viento las fragancias
vuelan; arrullos sensitivos vierte
el sistro pastoril, la luna llena
absorta se desliza entre las aguas,
abren las flores sus nupciales labios,
el azahar se deshoja en nieves puras,
y en los largos crepúsculos, las sombras
se entrelazan dulcísimas y lentas...
La blancura interior de las manzanas,
de los granados los rubíes húmedos,
la inquietud del amor adolescente
y las flotantes músicas del aire,
van a ti, Primavera, y a ti, virgen
incauta y suave, de mirar dormido...

XIII

FUGITIVA

Cruza un alma ferviente de primaveras idas,
y sueñan sus canciones las hondas avenidas
crepusculares:

Música fugitiva de aquella.
adolescencia diáfana, incomparable y bella
en la que surge inmensa tu pasión taciturna
amargando mis duelos, nostálgica y nocturna,
como el temblor lejano, sobre el mar, de una estrella.

En las dormidas horas me llega tu fragancia,
con las rosas de púrpura, de las tardes que han muer-
más allá de la vida, sobre una hosca distancia, [to,
en la sed inefable de un amor inexperto...

Eras callada y buena, fugitiva y doliente,
tus manos y tus ojos trémulos de harmonía,
de fe, de ensueños, eran tan entrañablemente
la juventud, los cielos y la melancolía...

Ya no cruzas al claro de la luna otoñal,
Primavera furtiva, lejana y dolorosa;
angelical enigma de una luz amorosa
en tu intensa dulzura de ignorancia del mal...

* * *

Y prolongan llorando las largas avenidas,
su canción dulce y suave de primaveras idas.

XIV

ALMA

Cae lento el crepúsculo, ciudad maravillosa;
en la penumbra suave que adormece un piano
se erige la presencia invisible, harmoniosa
de la desconocida...

Con el dolor arcano
de los males futuros, tú sufres, alma mía,
alma dormida en ti y en ti despierta
que esperas cada día
de las revelaciones la blanca flor abierta.
Mas tú te desconoces y a tu presencia esquiva,
cuando tu luz resurge sobre el cristal sereno,
te turbas como al viento el agua viva,
cual si dormido hubieras en un palacio ajeno.

Serenidad, serenidad... El lienzo
de la noche, que trae un alma pura,
de suntuosas estrellas cubre el azul inmenso
y el silencio sagrado de las cosas perdura.

Alma, emerge de ti, como aroma callada,
así la voz del mundo que no se deja oir,
y dime allá en el fondo de tu noche estrellada
lo que, entrevisto apenas, no se puede decir.

XV

AL OCASO...

Al ocaso dorado y soñoliento
entre verdes sauzales, me imagino
retornar como en antes, dulce y lento
por la húmeda frescura del camino.

Allá el agua cobriza; el buey anciano,
de los grillos la aguda serenata,
en la montaña el tramontar lejano
de lilas, de violeta y de escarlata...

Noches de juventud, de primavera,
y tardes de ilusión y de congojas,
visión azul y magia de quimera,
frescas y olientes a floridas hojas.

¡Aún el alma vaporosa siento
de las divinas tardes, me imagino
volver entre los sauces, dulce y lento
por la húmeda frescura del camino!

XVI

REVELACIÓN

Al volver hacia mí, furtivas, bellas,
las ingenuas miradas temblorosas,
los jardines llenáronse de rosas,
y el otoñal atardecer, de estrellas.

De alba y castidad, entre tus velos
—¡oh! mi desconocida evocadora—
me ungistes en tu gracia redentora
de una visión seráfica de cielos.

Solemnidad suspensa en el ambiente,
la sombra y su misterio hacia la altura;
divina luz de estrellas vi en tu frente,
y al suave sonreir de paz serena,
los dones del amor en la amargura
y la fe... ¡Ave María, gracia plena!

XVII

FRENTE AL PAISAJE

Devora leguas en su andar ardiente,
el tren sonoro, formidable y fiero;
cruza los campos como un dardo agudo,
con ronco crepitar de monstruo enfermo:
se atropellan y avanzan los paisajes
y se quedan mirándonos de lejos,
y mi alma se asoma a las campiñas,
o penetra en su espíritu, muy dentro,
a la paz de nostálgicos jardines,
a la larga avenida del recuerdo
de dolor pasional y melodía,
donde sangra un crepúsculo bermejo;
y al tornar en su viaje hacia las cosas,
la noche pacifica los senderos,
en su callada luz arden los astros
y en las aguas refléjanse serenos;
nuestra vida es hermana de la noche,

en la paz inefable de su ensueño
hay una boca amiga que sonríe
y una mano de amor en su silencio...
En el dulzor eclógico del mundo,
voy rodando en el tren y en el recuerdo,
a lejana ciudad desconocida,
bajo el azul de eternidad del cielo.

XVIII

«MISERERE DÓMINE»

Vanidad, vanidad, iris de espuma,
maldad humana, miserere Dómine,
el soñador medita en el crepúsculo
y Kempis cruza en el jardín divino;
desde el Eclesiastés el llanto duro
riega nuestro dolor; y polvo y nada
dice en perfumes la amorosa tarde.
Juventud, juventud, rosa de oro
caída en lluvia de oro sobre Dánae,
cálido ensueño de celeste música,
ya vendrán días de autumnales horas;
en el vacío el ánfora derrama
la arena de la vida; Hámlet ríe,
e imperturbable, augusta, el alta esfera
se inmoviliza en misteriosos signos.

* * *

Nacer, vivir, morir... desvanecerse
en los limos obscuros de las cosas;
tornar la inteligencia a lo absoluto,
a tus grandes riberas, oh, nirvana,
donde se abren los lotos misteriosos;
en nuestra vida efímera y extraña
reclinamos la frente dolorosa
en el noble silencio de la muerte;
y eres dulce, eres bella, diosa casta,
y tus vestidos ilusión de luna
dejan perfumes de florestas místicas.
¡Cómo amo tu silencio, tu belleza
de callar, esa inmóvil calma etérea,
que cae de tus ojos estrellados!...
La miseria voraz de los mortales
se transfigura de inmortal dulzura
en tu senda florida de asfodelos.

XIX

LAS HORAS

En la danza dulcísima, las horas
me envuelven en el ritmo de sus giros,
palpitantes, sonrientes, seductoras
entre luz y perfumes y suspiros.

¡Oh! la mirada azul, la que se aleja
con las mieles de una íntima ternura;
y tus labios, ¡oh! amor, rosa bermeja,
y ojos profundos con su luz obscura.

Danzad, danzad, ¡oh! hadas bienvenidas,
de sueltas cabelleras, de ardorosas
manos, danzad alegres y floridas
entre una lluvia de incesantes rosas.

Danzad, ¡oh! locas reinas de alegría,
dadme el arrimo de las frescas ramas,
el ensueño, la fe, la poesía,
ansias perennes y divinas llamas.

En un rumor de cítaras de plata,
y de argentinas voces, dulce coro,
rueden en los tapices de escarlata
los pies desnudos con ajorcas de oro.

Danzad, danzad, en embriaguez ardientes,
de flores vivas las abiertas bocas
hasta dormiros frescas y sonrientes,
bajo la luna las cabezas locas.

XX

DOLOROSA

¡ Oh! tus manos tan blancas, en el teclado fino
y la lluvia de lágrimas de la música esquiva,
la lenta y temblorosa, triste canción furtiva,
en las penumbras hondas de la tarde; el destino

nos espía terrible con su mirar felino,
por tus rosas de nieves y de escarlata viva,
porque eres buena y dulce, mi amada pensativa,
con astrales congojas de un ensueño divino.

Porque eres buena y santa, celeste dolorosa,
que los ángeles ciñen con sus velos de azahares
y en cuyos ojos pálidos de eternidad se posa.

Cante y llore el teclado, y sé toda armonía
como gaviota mística en tempestuosos mares.
como una grande y diáfana unción de melodía.

XXI

LUZ

Luz, luz, pedía Goethe; la luz hermana
que florece en las rosas de la vida,
la luz en la esperanza enardecida,
esta luz inmortal de la mañana.

Dora, luz, nuestra suerte agria y arcana,
vuélcate en la ilusión entredormida;
quédate en el espacio suspendida
cual alma eterna que del mundo emana...

Y canta tu canción en nuestro empeño,
penetra en el confín de la existencia,
florece en las visiones del ensueño.

Sé amor, sé fe, sé paz y sé harmonía;
y anúncianos en música y esencia
la luz sagrada de un eterno día...

XXII

MELANCOLÍA

En las lívidas lunas otoñales
danzan las sombras lánguidas, secretas
congojas en las ráfagas inquietas
remueven las cenizas de los males...

Con las lívidas lunas solitarias,
mi dolor otoñal, de ardientes rosas,
se va en las avenidas silenciosas
en taciturnas penas milenarias...

¡Cómo he vivido mucho y he vivido
tan poco!; mi viudez, así me asombra,
como en el mar la taciturna sombra
de un huracán inmóvil y dormido...

En las dolientes lunas otoñales
remuévense en mi ser melancolías
dulces y crueles de lejanos días
y de raros perfumes orientales.

XXIII

EVA INMORTAL

A mí vino Friné, de pies de oro,
de crespa cabellera adormecida,
cuando el azul crepúsculo se impregna
de misterio, de aromas y de músicas;
a mí vino Friné, los brazos sueltos;
del ramaje caía en hebras pálidas
el estivo lunario melancólico.
¡Oh! la Eva inmortal, los labios húmedos,
la cálida escultura temblorosa
donde Psiquis se anida entre suspiros
ebria en una celeste llamarada.
¡Oh! misterio inmortal, fuente divina;
a la lánguida luz del plenilunio
semejas a una vencedora esfinge
coronada de rosas, palpitante
en el ritmo de un verso de Anacreonte
o del dormido susurrar suspenso

de las tórtolas tímidas y suaves...
A mí vino Friné, cuando la música
del dios Pan ardorosa, pliega el ala
del céfiro furtivo y adormece
de amor y ensueño, mar y cielo y montes.
Y, ¡oh! milagro y misterio, a su sonrisa,
una doliente lágrima inefable
temblaba en la congoja de sus párpados.

XXIV

NOCTURNO

Entre las frondas, albea
de los jazmines la nieve;
pálida luna platea
la tierra de sombra leve;
ya la noche está dormida
en un encanto profundo,
y del silencio la vida
surge en el ritmo del mundo.
La noche fragante, quieta,
en que un dolor lento y grave
sangra su angustia secreta
bajo la luna.—¡Quién sabe!—
dice en el soplo en que va
melancolía y dulzura;
la noche dormida está
cada vez más blanca y pura.
Sentimos la hora difusa

en la inquietud interior,
como a una virgen confusa
en ansiedad y en amor.
Allá un álamo estiliza
su silueta negra y cónica;
y en penumbras se desliza
—seda y perla y llanto y risa—
la adorable y anacrónica
sombra de lo que ya fué;
música, sueño, mirada,
de Ella, blanca y suave, que
vuelve en la noche estrellada...
La Cruz del Sur, imponente;
arrullo, canción, sosiego,
muy monótona la fuente
del jardín, dice:—¡Hasta luego!—
su visión de seda y nieve.
—Hasta la muerte, que espera,
hasta lo imposible...—Llueve
flor a flor la primavera
jazmín, llanto y luna leve.
Pronto vendrá ya mi día;
está pálido el anhelo;
¡oh! muerte, me dormiría
en tu falda, bajo el cielo.

XXV

DE AYER...

Amé un día lejano, empresa fuerte
de gloria y de inmortal luz; y el lejano
día pasó; yo pasaré a la muerte
con mi ansiedad y mi dolor humano.

Recuérdame ese día una olorosa
sensación de campiñas, un profundo
amor a todo, una inquietud fastuosa
como perenne juventud del mundo.

Una gris arbolada carretera
a los riscosos bordes del torrente;
y esa mañana azul de primavera
rimaban mi niñez, ingenuamente...

Las espumas, los juncos y las ramas,
de los montes las cúspides serenas,
el mundo en mí, de fascinantes llamas,
catorce años ilusos en mis venas

y un águila en el aire, muy arriba...
¡Mañana azul de un infinito anhelo
cuando mi riente espíritu se iba
como un águila joven por el cielo!

¡Sentí la espina con que el mal me acosa,
en la terrible selva de los males
y aun conservo la esencia misteriosa
de ese sueño de púrpuras reales!

XXVI

ME SOY LEJANO

Me soy lejano; la dicha pudo
vaciar mis copas, beber mi vino,
entre las flores quebrar mi escudo,
romper las lanzas de mi destino...

Duermen las horas en mis balcones
bajo la luna las cabelleras,
van al silencio nuestras canciones
como las sombras a las riberas.

¡Oh! musa ebria del vino de Hebe,
calló la máscara de la locura,
a fin más alto la vida debe
ceñir los bronces de su armadura...

Dormid tu sueño, mis ilusiones,
bellas bacantes de trenzas sueltas,
lanzad un largo clamor, leones,
surgid, panoplias, en luz envueltas.

Altos corceles de blancas crines
ungid al carro de fino acero,
callen su cuita los mandolines,
abran sus bocas ya los clarines
al estandarte del Romancero.

Épicos saltos la musa ama
y la energía que al arco tuerza;
valor y empuje, rauda derrama
sobre la idea, sobre la fuerza.

Ama los frescos ramos de gloria,
y más que a todo te ama a ti, vida;
la embriaga el himno de la victoria,
de los clarines, lava encendida.

Vientos propicios, sople fortuna
y flote un arduo son de proezas;
vendré más tarde, bajo la luna
a visitaros, ¡oh! mis tristezas.

XXVII

LA ESTRELLA DE LA TARDE

La pacífica estrella de las tardes,
la que flota doliéndose en las aguas,
y desde los crepúsculos azules
absorta se suspende en tu ventana;
la estrella misteriosa, dulce cómplice
de nuestra vieja lealtad romántica,
es en el fondo ilímite del cielo,
eterna, enorme tempestad de llamas
que se retuerce y huye v explosiona
en atormentada órbita fantástica.

Así desde las íntimas tristezas,
doliéndose y absorta la mirada
que en la paz y el reposo de las tardes
con su ternura silenciosa te habla,
es en el fondo obscuro de la vida
una terrible tempestad de brasas,

un martirio de espinas, de opresiones,
que al llegar a los ojos, dulce y pálida,
te muestra en la ilusión de muchos sueños
jardines harmoniosos en el alma.

XXVIII

AL TORNAR EN LA NOCHE

Al tornar, en la noche, por la vieja alameda
de silencio y de calma, toda sentimental,
cuando hay entre las hojas leve temblor de seda
y perfumes errantes y retiro cordial,

se agolpan las tragedias al corazón herido
reviviendo en antaños inenarrable horror,
y la ternura inmensa de ayer... incomprendido
callaré para siempre su dolor y su amor...

¡Oh! lagos de los parques y cisnes de los lagos,
¡oh! luna de las noches de una eterna inquietud,
furtivo beso leve de amorosos halagos
y temblorosa música de antigua juventud.

Si sufro los oleajes del tiempo indefinido,
si marcho solo y lento, con aurora y canción,
presiento mi caída sin fin hacia el olvido,
presiento tu tragedia de angustias, corazón.

Cuando rueden los siglos en silencio doliente
y en la misma alameda, toda sentimental,
de nuevos soñadores de espíritu ferviente
se eleve el verso puro de alba y seda y cristal,

los mismos cisnes blancos cruzarán las espumas,
la misma noche inmensa será alma de visión;
y a lo lejos, surgiendo de las eternas brumas,
renacerán mis ansias en otro corazón!

XXIX

MÍSTICA

Tú no sabes amar, arder en rosas,
en una inmensa vibración del mundo,
con las acres aromas de tu cuerpo
turbar como una selva, los sentidos.

Tú no sabes amar, oh, virgen pura,
de blancos, suaves y sagrados senos,
donde anidan las tímidas palomas
palpitantes y leves y floridas.

Tú no sabes amar y ser de fuego,
y ser la vida en torbellinos áureos,
desfallecer de una pasión inmensa;
tú no sabes amar, tú no escuchaste
del harmonioso sátiro las flautas
que estremecen al coro de las ninfas
en un pavor dulcísimo y ardiente;

eres la estrella de un país de sueños,
las manos finas, temblorosas, leves,
los labios como místicos azahares,
y en los ojos el claro de la luna.

Desconoces pasión que turba y mata,
mas por ti se entreabrieron las estrellas
y hacia el enigma de tu amor que viene
tu sacra senda floreció de lirios.

XXX

ILUSIÓN, ILUSIÓN...

Oh, soplo leve, que animáis las rosas,
ilusión, ilusión, cáliz divino
que brindáis las dulzuras milagrosas,
un instante no más; celeste vino

que al dolor inmortal tornas ventura,
llenas los cielos de esplendor profundo,
y en resplandor eterno de hermosura
sonriente y virginal brotas del mundo.

Ilusión, ilusión, sueño y belleza,
juventud y fragancia, íntimo anhelo,
coronando de astros la cabeza
bajo el azul espiritual del cielo.

¡No pasaréis jamás! sombra y espanto
no pueden contra ti, vives dormida
y guardas en tu música y tu encanto
todas las primaveras de la vida.

XXXI

LA CANCIÓN OLVIDADA

Su visión pasó... La blanca
fina neblina de luna
se hizo más triste y romántica.
El duelo antiguo, perfuma
la muerte sentimental...
Fué Ella, la que se ha ido,
la que viviera en un místico
y un lejano reino ideal...
Escribía el verso extraño
y la canción olvidada,
y cruzó su traje blanco
bajo la luna y mi alma...
Un olor de tibias cresias,
soledad, la vía láctea
interminable, mi pena
abolida en las distancias...
Sí, yo he visto deshojarse

todas las flores; la muerta
deshojó los blancos cálices,
y se golpearon las puertas
sin haber nada de viento;
la hermana dejó el piano
al sentir un hondo miedo.
—Si no hay nada...
Nos miramos
del uno al otro aposento.
Se hizo amarilla la lámpara,
la luna estaba en la mesa
al caer de la ventana,
con las rosas, con la carta
de amor de dicha plena,
que recibí de la otra;
el reloj y la novela
última y la siniestra
mancha de tinta en la página
donde escribía a la hermosa,
a la nueva enamorada!...
—¿Y por qué canta la hermana
la canción que nunca supo?
La misma que aquella noche,
que fué de sus días última,
en el inmenso infortunio,
a sus níveos almohadones
trajera un piano romántico
de una infinita dulzura...

—No me olvides en la ausencia
que es para siempre—decían
sus grandes miradas lentas
que hacia la muerte se iban...

XXXII

A MI PERRO

El arbolado, el río montañez, cumbres, lomas,
atravesamos juntos mi perro, gran amigo;
huían a tus saltos, esquivas las palomas,
y te envolvía en oro la pradera de trigo.

Solos en el crepúsculo trepamos la montaña
olorosa, de musgos húmedos y de flores
amarillas, de alma misteriosa y extraña,
y nos sobrecogía la noche de pavores.

Desde las cumbres vimos surgir el plenilunio,
enorme disco pálido que llenaba el oriente,
y a las rachas heladas de los vientos de junio,
tornábamos callados, tú adelante; mi frente

se dolía quimérica de hondos presentimientos,
y tus ojos, ¡oh, fieles!, me daban su ternura;
algo había en ti de hombre, de Dios; tus sentimien-
eran frescos y dóciles en tu mirada obscura. [tos

De noche tus pupilas me seguían atentas
cuando mi paso enérgico del uno al otro lado
cruzaba el aposento; mis calladas tormentas
sólo en ti, mi buen perro, encontraron cuidado.

Sólo en ti, mi buen perro, que en la aldea moristes
de una muerte muy mala, como un hombre muy bueno,
con la tragedia intensa de las cabezas tristes,
que ofrecieron sus mieles, guardando su veneno.

XXXIII

HACIA LA GLORIA

Hermanos, se han perdido nuestras rutas;
pasaron ya los años y los días;
sobre el haz de las cosas somos otros.
¿Qué se hizo la ilusión de nuestra vida?

Secáronse las fuentes cuyas aguas
nos bebimos, los labios y las liras
ya no cantan, y al alba no despiertan
en perfumes románticos las lilas.

¿Qué se hizo el corazón, el bien iluso,
la tristeza inmortal y la armonía?
Sobre el haz de las cosas somos otros,
y no ven como ayer, nuestras pupilas.

Fuimos siempre buscando lo imposible,
la luz flotante de una aurora viva;
no besamos las rosas, no alabamos
de la ternura inmensa las delicias.

En el cruce de todos los senderos,
no es aquí, no es aquí, nos repetía
un deseo profundo, inmenso; el alma,
como una oveja dócil, entre espinas

fué dejando el vellón de sus blancuras
y la sentimental melancolía;
no podemos volvernos, ya no es hora
y está nuestra cabeza emblanquecida.

¿Por qué fuimos en éxodos extraños
detrás de una ilusión que nos mentía?
Hermanos, se han perdido nuestras rutas
y ha derramado su ánfora la vida.

XXXIV

LAS ROSAS

Os amo, rosas lujuriosas,
rosas nocturnas, misteriosas,
rosas de otoño, dolorosas.

Frescos ramos de la mañana
que unen la delicia pagana
con la virginidad cristiana.

Al tramontar de la existencia
del amor conserváis la esencia,
y en la blancura, la inocencia.

Rosas, corona de las fuentes,
en las locas ansias ardientes
que embriagaron a las serpientes.

¡Oh! rosas de la fantasía,
de la dulce Virgen María,
de las canciones que sabía...

Rosas de los vagos lunarios,
de corazones solitarios,
y de nuestros días precarios.

Rosas puras, cándidas, leves,
almas fugitivas de nieves,
y como nuestras vidas, breves.

Roja canción de primaveras
ardiendo sobre las panteras,
y perfumes de otras riberas.

Rosas que florece la Cruz,
en la desolación, la luz;
rosas, el alma de Jesús.

Floreced, floreced, ¡oh! rosas,
lujuriosas y misteriosas,
divinamente dolorosas.

XXXV

CREPUSCULAR

La música doliente de las tardes calladas,
cuando yerguen los álamos sus siluetas monjiles,
abisma mis congojas en visiones pasadas,
en nostalgias incógnitas y en fragancias sutiles.

Retornos melancólicos por extraños caminos
que en días pasionales fueran ayer de rosas,
de dulzuras pretéritas, de tormentos divinos,
de un despertar celeste de penas misteriosas.

Matinales nostalgias en embriaguez de vida,
ardiendo en nuestras bocas su ferviente canción,
nos lanzaron utópicos, con el alma florida,
y entre púrpuras de alba diáfano el corazón.

Y hubo novias calladas en las noches lunares,
—ilusiones románticas que nunca volverán—
y labios ardorosos en perfumes de azahares,
que sonríen y arrullan y adoran y se van...

Juventud, Sherezada, jardines harmoniosos,
¿recuerdas de los íntimos refugios de los cielos.
la ingenua bienandanza de los días radiosos
en que eran golondrinas al azul los anhelos?

Juventud, verso y ala de todo amor y ciencia,
del Véspero la égloga indecisa te invoca,
te espera enamorada de fe la adolescencia
que lleva el beso vivo del amor en la boca.

La música doliente de las tardes de seda
despierta, irremediables, las obscuras congojas,
mientras mueve el crepúsculo en la grave alameda
y el viento del Otoño va llorando en las hojas.

XXXVI

MEDIA NOCHE

Llueve. El viento nocturno cruza. Sentimental
hora lejana; el libro abierto, una ignorada
ciudad, do hice volviendo de muy lejos, jornada,
y una melancolía de un incurable mal...
Una campana suena. Media noche. Rumores
de la lluvia que trae desconocido son
de una vida pasada que arde en el corazón
como una tarde azul, de paz y ruiseñores...
Dice el libro: Llegaron caballeros antiguos
hacia la Jerusalem de las grandes cruzadas,
traían de oro fino la cruz de las espadas
y en los ojos extraños los anhelos ambiguos,
los anhelos potentes de muchas cristiandades
de apuñalar herejes, de conquistar imperios;
cruzaban por las selvas de insólitos misterios
cual gloriosos leones de altivas santidades.
Y hubo uno triste, vago de mirar... Su retrato

surge en mí en un espejo maravilloso; leo
y me miro y recuerdo mi antigüedad, trofeo
de las encarnaciones de extraña vida inquieta;
sí, fuí yo el caballero, ha novecientos años,
en las selvas heroicas reverdecí también,
morí en el Helesponto, rumbo a Jerusalén,
por torcedor de angustias de pasional engaño.
Caí con el acero clavado al corazón...
El viaje errante y trunco de mi alma, primavera
que arde al sol en perfumes sobre ignota ribera,
y hoy surge ante mi espíritu en noche de visión.
¡Oh! cabelleras pálidas de increíbles mujeres,
en justas, los floridos rosales del abril,
las Bagdades quiméricas, la turbación hostil
de frescas rosas vírgenes y torvos misereres.
¿No floreció la angustia los oros de mi lanza?
¿De siniestros endriagos y de gordianos nudos
no rompí los enigmas con mis dos brazos rudos?
El galopar sonoro, la cruz y la esperanza,
el Asia fabulosa, las pestes y el espanto
extraviando las órbitas que olvidaron el llanto.
—¿Recuerdas de la fuga? Como un blanco tesoro
tu cuerpo en flores vivas, al viento el alazán,
iba tu faz cubierta por el cabello de oro,
pedazos mil hiciera, la lanza de Roland.
De aquella edad gigante de corazón robusto
reviene la onda cálida, como espada y azor,
del caballero extraño, el ínclito valor,

la altivez al potente y la piedad al justo;
reviene en alma heroica de perfume exotérico.
la imposible fragancia de una ilusión florida,
que llena los crepúsculos inmensos de la vida
con la luz de una estrella sobre el azul quimérico.

XXXVII

CONVALECENCIA

Ábrense nuevamente en los jarrones
las lilas; mi dolor viejo y callado,
también florece un lirio perfumado
en sus antiguas selvas de aflicciones.

Brillan en el azul constelaciones
fulgentes; mi dolor asosegado,
ha entrevisto un lucero iluminado
surgir en luz de eternas ilusiones.

Muestra en los mares la alborada el regio
portal de gloria de su dulce espera;
así de fe, pasión o sortilegio,

me inunda una sonrisa luminosa
y el perfume sagrado de la hoguera,
del canto del profeta y de la esposa.

XXXVIII

ALTA NOCHE PROFUNDA

Es un bajel la noche, grande y honda,
de una serena y límpida hermosura,
con su selva de astros y su fronda
de infinito; es bajel la noche obscura
a cuyo suave y misterioso halago,
con su lienzo inmortal de faz inmensa,
como su azul en un dormido lago,
en nuestras almas, con los dioses piensa.
Es un bajel la noche que se arbola
de un mástil estrellado en las alturas,
y anticipando eternidades, sola,
nos envuelve de astrales vestiduras.

XXXIX

AUTUMNAL

Otoñal melancolía
y gozo primaveral,
rosas rojas y harmonía
lejana, luz vesperal
en las aguas y luz pura
del alba; creencia, fe;
ansia en la vida insegura
y en mí otra vida futura,
una otra vida que fué...
Jazmines, mirtos, aromas,
fuente, brisa, sol, amor,
en las ramas las palomas
y abierta en alma la flor...
Soplo del mundo y antiguo
misterio y serenidad;
en el corazón ambiguo
se erige la eternidad...

Selvas de constelaciones
y gran abismo inmortal,
empujadas por ciclones
ruedan enormes visiones
hacia el abismo fatal...
Jardín de Oriente y encanto
del sexo. De Omar Khayán
el vino; del mundo el llanto
y revelación de Juan.
Beso, verso, rosa, herida,
Judas, Hugo, Salomón,
Salomé; toda la vida
fracasa en el corazón...
La noche grande y solemne
mostróme su alma una vez,
y vi la llama perenne
del amor, de la embriaguez
misteriosa de la vida
obscura, y ese algo más,
en fronda desconocida,
de ayer, mañana y jamás!

XL

AL ENIGMA

...No puedo ya esperar; en cada día
se me escapa un intérvalo profundo,
un puente suspendido sobre un mundo
y me espere al final el alma mía.
Abre las puertas del torreón de fierro;
hay mucha sombra, mucha en mi destierro,
en un vaivén de interminable mar!

—Truena la tempestad sobre los flancos
de tu soñada, fúlgida montaña;
son lúgubres, traidores los barrancos
que cruzarás en la conquista extraña.

—Mi caravana de elefantes blancos
sabe la áspera lid de mi camino...
—Señalarán tu rumbo y tu destino
tus elefantes con sus huesos blancos...

—Allá en la Eternidad el alma mía
me espera temblorosa y desolada;
es de millones de años la jornada,
y no puedo esperar un solo día...

—Ya de la cerradura se han perdido
los secretos; el tiempo adolorido
selló en su umbral, pasado y porvenir;
son otras las ciudades; todo rueda
y pasa y agoniza, nada queda,
ni una ilusión de fe con que morir;
¿hacia dónde escapar quieres, contrito,
si te vigila insomne el infinito
y de su reino no podrás huir?

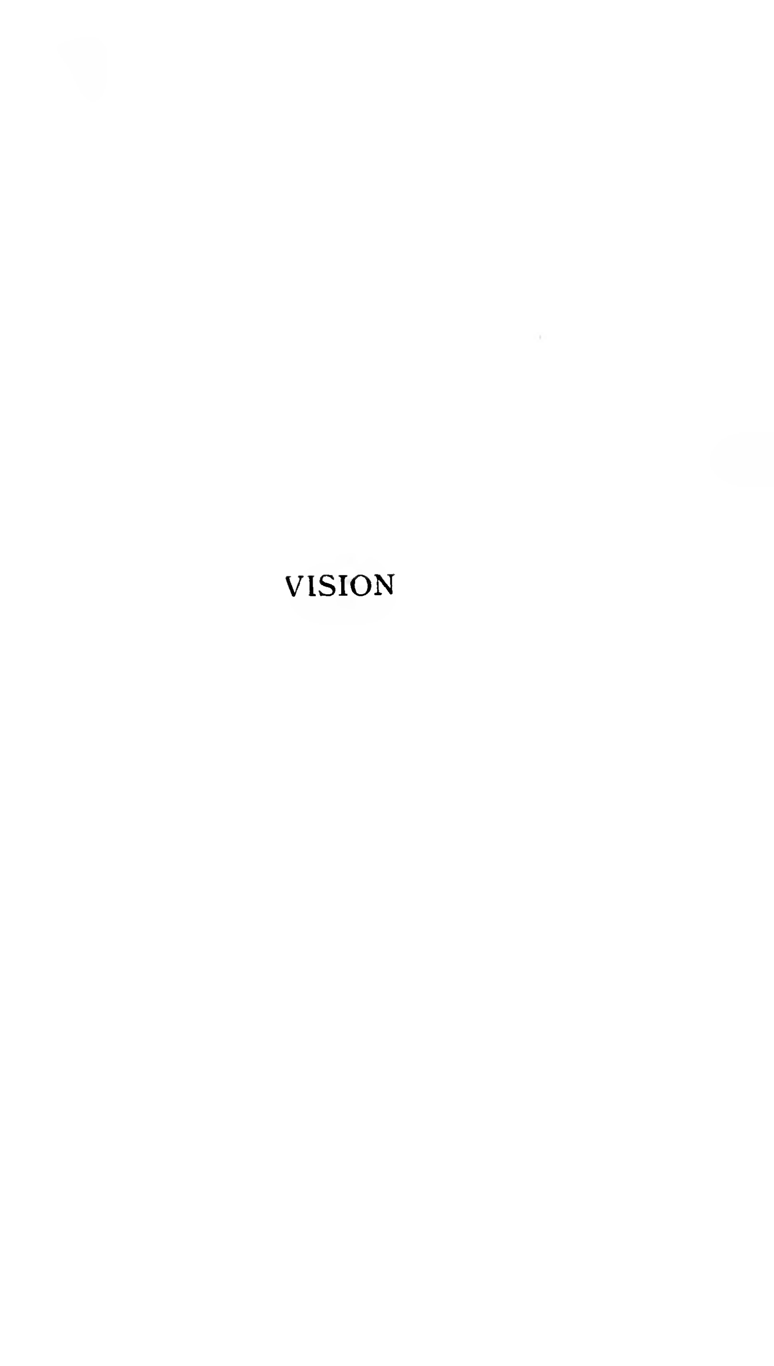
XLI

SIEMPRE

La amargura espantable de tu muerte
dejó sombría mi razón siniestra
y en la sed y el silencio de las horas
sonó la voz terrible de: *así sea...*
Habías muerto del duelo y de la angustia
irremediable de vivir; acerba
la celeste blancura de tu alma,
¿sobre qué alma sollozó su queja?
Y te fuiste llevándote mi espíritu
como una llama que se apaga trémula,
y ese bien ya romántico y lejano
de perfumar con el perdón mi pena.
Habías muerto de amor y de imposible,
piadosa y casta novia que se aleja
deshojando el azahar de nupcias vagas
en una suave claridad de estrellas.
Yo estaba lejos; lejos de tu vida,

una interior locura, una tormenta
de cien siglos llevóme no sé a dónde...
y estaba lejos... Mi viudez inmensa
no lloró su pasión errante y trunca
en tu divina soledad de muerta.
Y a mi grito blasfemo a lo imposible
contestó un ¡ay! de herido en la tiniebla,
el crespón en el cuello de las liras
y la noche y la fiebre en mi tragedia.
Y si ayer al orgullo de mis odios
quemé tu pobre corazón de histérica;
si levanté mis hombros y alcé un mundo
de desprecio y desdén en mi cabeza,
hoy la frente agobiada torna triste
a tu frágil visión, tranquila y lenta,
que cruzó mi poniente de amarguras
como el anuncio de una fe suprema;
hoy mi frente agobiada espera el largo
éxtasis suave de tu beso, espera
la irreal bendición de tu palabra
y en tus hondas pupilas, la inocencia...
¡Nunca más! ¡nunca más!... me dice el alma,
¡nunca más! ¡nunca más! es la respuesta...
Y hay un estruendo de derrumbes sordos
en mi cráneo. Cae la babélica
gran ciudad de cristal que alzó mi brazo;
me perderé sonámbulo en la niebla
indefinida de mi ser; los tiempos

unirán mi dolor a tu leyenda...
Y siempre: ¡nunca más! tu polvo vano
y mis huesos sacrílegos, la tierra
levantará en el ala de los vientos
al desamparo de las tardes muertas!



VISION

I

INTENSIDAD

Quiero adorar la vida y quiero ser la vida
y ser en toda cosa y arder en toda llama;
ver de todas las ciencias la verdad encendida
y el resplandor perenne que el misterio derrama.

Latir en el impulso del mundo, consecuente
con el vuelo estupendo de mundos ignorados:
llevar los oceanos, las selvas, en mi frente,
y unir a los futuros los tiempos acabados.

Unir en un abrazo la esencia de la tierra
a esencias de Universo; y al deseo profundo,
sentir por un instante que mi pasión encierra
como una entraña viva la eternidad del mundo.

II

ECCE-HOMO

La tempestad de odios de la plebe abatida,
el olvido del padre, la piedra del sicario,
tu alma como un pájaro que traspasó una herida,
cien siglos de rodillas en tu cruz del Calvario.

Tu voz en el momento perdurable, perdida
la esperanza; la afrenta, la infamia, el solitario
corazón de Verónicas de angustia; y tú, la vida,
la luz, como árbol huérfano, como bajel precario.

La tragedia, la fiebre, la agonía; tu testa
sangrando los cabellos, entre agujas de espinas;
la soledad, los clavos de la cruz, la funesta

complicidad sombría que en el pavor rebosa;
en un vuelo de águilas tus palabras divinas
y en el madero exánime la frente dolorosa.

III

LOS BÁRBAROS

En carrera fantástica, bridones
negros, jinetes ásperos; la espada
al cinto, el manto al viento; conmociones
soplan sobre la estepa desolada...

—«No llegaremos nunca a las ciudades
heroicas, y es ensueño nuestro en vano;
entre el alma de rudas tempestades
ruge nuestro dolor casi extrahumano.

Más allá del final, hay nuevas huellas,
tentáis respuestas a la esfinge airada;
ruedan a vuestro paso las estrellas
y es rayo la carrera desatada...»

Altaneros los bárbaros dolientes
hunden la espuela en el corcel sonoro,
van a la eternidad, resplandecientes
en un raudo fulgor de chispas de oro.

IV

ANUNCIACIÓN

Se encenderán los mágicos zodíacos;
lo definido, inerme no reinará por siempre;
habrán signos futuros que Dios aún no traza
y rodarán deshechos monumentos de ciencias.
Lo imprevisto señala días magnos y ocultos,
el amor de los hombres arderá nuevas llamas,
nuevas crines de incendios azotarán el vuelo
de las orbes; del alma los puntos cardinales
no existen, y su oriente es móvil como un astro.
Pensadores, poetas luminosos, Dios vela,
y Dios no sabe el fin supremo de su obra,
que ondula en lo infinito cambiante de lo eterno.
Como el lábaro al viento, del mar surge el espíritu;
las sendas ignoradas, los que nunca terminan
se encuentran con caminos misteriosos y ocultos,
y hay un hombre en sus cruces que nos habla al oído
y sigue en sus parábolas enseñándonos nuevas

visiones de esperanza... Mas, es de nuestra estirpe,
surgió desde la carne dolorosa del hombre
y adelantó mil leguas de pensamiento al padre.
Y, uno habrá, vate y sabio, tan alto y tan profundo,
tan misericordioso y maligno, que arroje
en el vulgar asombro de los días iguales
una verdad grandiosa cual la explosión de un astro;
mas no será el último; hay un fin muy secreto;
el Universo guarda su afán con muchas llaves;
el Universo océano con soles que son islas,
con enormes dinámicas que San Juan no sospecha.
Los ojos de los vastos telescopios, son ojos
de hormigas, que al ramaje más cercano se ofuscan.
Los ojos de los genios que se sondan muy hondo
se ciegan al relámpago de los deslumbramientos.
Nuestro planeta danza como un pájaro áptero.
—¿Es sordo el mundo y ciego; va sobre paralelas
como el tren en los rieles con su lámpara vaga?
No. El ensueño nos dice de altas causas divinas;
el milagro ha encendido la voz de los poetas;
nos faltan los sentidos esenciales, y somos
sólo cinco fantasmas sobre cinco ilusiones.

V

AGUARDO AL PENSADOR

Aguardo al Pensador, al Fértil; puedo
un día en lo interior de mi conciencia
encontrarle; por El, mi fe obsedo
y me desligo de la humana ciencia.

Seré ignorante como el árbol; fuerte,
sobrio y estoico, vencedor y puro;
y cuidaré mi cuerpo de la muerte
como Santuario de algún Dios futuro.

VI

JUVENTUD

Juventud, juventud, ánfora de oro,
florido en rosas, mágico incensario,
a tu reino de luz el dromedario
de oriente virgen trae su tesoro.

Tienes las siete lámparas de oro,
en alma viva amor es tu incensario,
y de tu fe desciende el dromedario
que lleva la mañana por tesoro.

Juventud, juventud, extraordinario
tu dulce ardor encierre mi tesoro,
será mi corazón un incensario.

Ardan así tus lámparas de oro,
del mar divino al resonar sonoro,
en l'alma matinal del solitario...

VII

INVOCA A JUVENTUD

Nunca te alejes, Juventud divina,
no me abandones, Juventud risueña;
señálame con tu índice la gloria
y en tu orgullo de reina, cubre el raudo
galopar de cuadriga de mis horas.
Escucha al ruiseñor de la apacible
selva; escucha el latido dulce y santo
del corazón bendito que me ama;
mézclate con la sal y con el vino,
con el agua y el bien y el entusiasmo;
como Helios vencedor, glorioso y grande,
guíame, Juventud, hacia la vida,
hacia el justo laurel de hojas de oro,
hacia el supremo ideal y el bien supremo.

VIII

RELEO EL LIBRO GRAVE...

Releo el libro grave de viejo pergamino,
con las anotaciones de devotos abuelos,
donde sangran las rosas de un aliento divino
y se abren fervorosos de visiones los cielos.

Releo el libro grave de viejo pergamino,
que en íntimo refugio me perfuma los duelos,
y primaveralmente desde el agrio destino,
se me abren fervorosos de visiones los cielos.

Y ausente de este siglo de irreligiosa ciencia,
en un albor celeste de bienaventuranzas,
es de Francisco el Santo, mi divina demencia.

Mas, la Catedral mística se esfuma en el Poniente,
en un sudor de sangre se agobia la esperanza,
y la verdad me ciñe con estrellas la frente.

IX

A FRIEDRICH NIETZSCHE

Su círculo sereno, la lámpara esparcía;
en estantes de roble los libros graves, mudos;
en el silencio, inmensa la unción de poesía
de los mármoles sacros; y, en las telas, desnudos
en rosas virginales... Ya la noche, agobiada
de pensamientos altos, resplandecía afuera
en susurros eclógicos y viva primavera.
Y volviendo el poeta de su frente abismada,
habló a Nietzsche filósofo, así: Por fuerza un día,
se encontrarán en una nuestras líneas de idea,
tu selva iluminada de una agreste harmonía
y mi penar nostálgico de pastor de Caldea.
Aún no te conozco, pero de paso he visto
tus enormes almenas de poeta mayor,
y he temido tu influjo de guerrero imprevisto
y tus flechas de bárbaro que encendiera el dolor.
Quizás para mi alma solamente has soñadò,

quizás para mis ciencias fué cimiento tu obra;
quizás la mano sabia de alguien me ha señalado
y es un dolor de astro por arder mi zozobra
y un secreto profundo mi soledad; el viento
de mis ideas cruza libre, monte y estepa,
aunque a veces claudica en el pavor violento
de frente al Oceano su potro de Mazzepa...
Sobre los hombres cruza, sobre los tiempos gira,
se abalanza sonámbulo y rebelde al futuro,
o se encanta entre oceánidas deseando a Deyanira,
y siente en el Calvario nostalgias de Epicuro.
Mi pensamiento sigue una línea ignorada;
jamás quiso mi mano darle rumbos y líneas,
y surgen de sus éxtasis, en esencia sagrada,
alientos matinales de selvas apolíneas...
Y tú, bárbaro heroico, mi temido, tú, el fuerte,
vendrás hasta mi vida cuando conquistadores
mis anhelos sofrenen su cabestro a la muerte,
tal así la entrevista de dos emperadores.
Será en días gloriosos, de dulzura sonriente,
entre olivos y rosas de los huertos latinos,
bajo la luz dorada del sol resplandeciente
y al rumor de las músicas de los dioses marinos.

X

ANGUSTIA

Devorado en mi sed de miles de años,
de una enorme opresión de angustias torvas,
y lacerado, penitente y mudo,
en la cruz las dos manos dolorosas,
bajo la luna en el menguante lívida,
bajo los astros de las noches solas,
frente del mar embravecido y turbio
que se revuelve en encrespadas ondas,
frente a la vida como un mar inmóvil,
de monstruos, pesadillas y de sombras,
de dedos que estrangulan las gargantas,
y de un dolor pretérito que asola;
yo te invoco, mi Padre, que no hablas,
en el horror de las desgracias próximas;
yo te invoco en la cruz de los martirios,
en el martirio de mi sed recóndita.
La luna en el menguante, cae como

una pálida lámpara en las ondas,
y a mi pavor asirio, en el espacio
se derrama fantástica la cola
sutil y luenga de un cometa trágico,
como una nueva vía láctea, o una
lágrima del abismo misteriosa;
yo te invoco, mi Padre, en las espinas
de ruindades humanas triunfadoras,
en mi noche sombría, en las tinieblas,
de suspensas miradas pavorosas,
que son como una lluvia de luciérnagas
en las selvas salvajes; y te invoca
mi dolor inmortal, como los mares
con los brazos hirvientes de sus ondas.
en mis pérfidos mares interiores,
con sirenas y vórtices y sombras,
que cavan en las noches de mi alma
las grutas de mis penas, tormentosas;
en la tormenta ruda, en las pujantes
garras tendidas de las bestias sórdidas,
que bajan en las noches de los montes
con una intensa irradiación fosfórica;
con mis penas esclavas y viudas,
con mi sangre en la cruz, que gota a gota
llora los duelos de invisibles males,
yo te invoco, Señor, como a una aurora,
como un manto de luz sobre las frentes,
en la desgracia y en la sed recóndita.

XI

PAZ

Anhelo un día solo de gracia plena; un día
en el que vibre en mi alma celeste melodía
y haya esperanzas francas y paz, sobre el abismo;
como al tornar nostálgico desde el cruel ostracismo
se siente el viento dulce de los montes natales
y en el alba dorada las penumbras pradiales;
un día de reposo ingenuo y suave en mis
horas duras y tercas y en los perennes duelos,
de sentirme florido y azul como los cielos
y en la gracia divina de Francisco de Asís...

XII

OLVIDARÁN LOS SIGLOS...

Olvidarán los siglos mi estéril vida vana,
mi frente que medita, mi espíritu que piensa;
gigantescos dolores en mi pasión humana,
sumergen mis visiones en su nirvana inmensa.
El tiempo, abuelo torvo, con su barba de nieve,
florido en primaveras y en otoños extraños,
borrará con mi paso, que un gran delirio mueve,
las ciudades gloriosas de mis futuros años...
Mi oído, como el cóncavo flanco de la montaña,
despierta los rumores del alma de las cosas,
que un ocaso de lilas en pálida luz baña,
y un estremecimiento de vidas misteriosas.
Y es inútil el grito lanzado de mi honda,
a la mirada incierta de la esfinge dormida,
a los millones de años para que me responda.
de las eternidades del porvenir, mi vida.

XIII

ORGULLO

Al levantar tu frente un vuelo de águilas,
cerca de garras tu cabeza erguida,
así a los montes de angustiosas cúspides,
así a la hoguera del supremo orgullo;
tu cabeza de Dios, serena y trágica,
con la arruga genial sobre la frente
y en los ojos la luz maravillosa;
suelta en tu espalda embravecida púrpura,
y las ásperas manos arrogantes
vueltas a la ilusión y a la belleza.
¡Oh! hermano poeta, dame el bárbaro
dardo mortal de tu altanero orgullo,
más poderoso que los mismos dioses;
dame el silencio del jardín callado
donde vagan las sombras de los genios;
y el desprecio de todo; dame el roto
sagrado manto de los Pablos rudos

frente del Universo y las ideas.
Al inmortal dolor de mis heridas,
en las sombras nefastas de mis horas,
he visto de Satán la espalda ardiente,
del pálido Jesús las manos lánguidas,
el corazón de fuego de los astros,
el tímido latir de las palomas
y mansedumbres fáciles de ciervas.
Sobre mi corazón atormentado,
bien y razón, justicia y esperanza,
y belleza y verdad, y amor y gloria,
son una cruz enorme ardiente y trágica,
al pavor del crepúsculo postrero...

XIV

JESÚS

Fué amargo el día; la maldad humana
lastimaba mi espíritu; y busqué la lejana
alameda nocturna, de árboles erguidos
que en temblores lunares apaciguan sus ruidos,
las sombras que se ahuecan y giran dulcemente,
la noche que semeja una cóncava frente.
Y me dije: la vida nos engaña y traiciona,
la ilusión es alcázar que el viento desmorona.
¿En qué brazos fraternos reposar la cabeza,
sentir la gloria diáfana de fraternal nobleza?
Vi cárceles y duelos, hospicios y puñales,
y mujeres sombrías y hombres espectrales;
ninguna mano amiga para mi mano incierta;
la tierra es el sepulcro de una gran raza muerta.
Y sentí los terrores de una cruel agonía;
entonces en el claro de luna, que envolvía
su silueta callada, abismado, contrito

le vi como se iba por entre la àrboleda,
y miré su figura meditabunda y queda.
Se iba mansamente y desoladamente;
quise hablarle, decirle: ¿A qué has vuelto, Señor?
¿no miras como tu águila claudica en el horror?
Quise mirar sus ojos, quise besar el lino
de su túnica vieja de soñador divino;
y vi su mano sola cuando me bendecía,
su mano luenga, blanca y triste que me uncía
en un hondo misterio de paz y de concordia
y poblaba mi espíritu con su misericordia.

XV

AL MAR

Incesante clamor de aguas salobres,
crespas espumas y deshechas ondas
de lilas y violetas y esmeraldas
a la luz matinal resplandecientes.
Sonoro caracol de los tritones,
torsos convulsos de sirenas ebrias,
los cabellos envueltos en espumas
que el sol decora de gloriosos iris.
¡Oh! mar arrullador y voluptuoso;
la voz potente de tu amor seduce,
y nos llamas, eterno y palpitante;
arden las playas verdes de altas rocas,
al estío; gaviotas peregrinas
revuelan, y mariscos y cangrejos
quedan entre algas y en arenas de oro.
¡Oh! vida, ¡oh! esperanza, ¡oh! mar inmenso,
dame tu aliento en primaveras áureas,

la alegría suprema de tus himnos
y el ágil vuelo de tus grandes aves;
y dame el pensamiento, cuando límpido
copias la noche en tus cristales hondos,
con una azul palpitación de astros;
tu eterna juventud, ¡oh! mar divino,
amado de los hombres y los dioses,
y de la eterna juventud, la lira
en que el divino Homero te cantara
de la cumbre más alta de los siglos.

XVI

DESPUÉS...

Hila los hilos tenues de las horas efímeras,
las esperanzas cálidas del mañana y ayer:
dime, abiertos los brazos, del porvenir las torres,
los versos de Dyonisios o del Eclesiastés:
Dálila mis cabellos no cortó; mis entrañas
vibran frescas y puras al dolor y al placer;
llevo un mundo en los hombros y una lira en la mano,
y en los labios tremenda la pregunta: ¿y después?
Mis muñecas, columnas de Hércules tajaran,
temblaría mi flecha ensartada al corcel
más veloz; mis tinieblas tienen soles perennes
donde mueren enfermos sus gigantes de sed.
Zarathustra me dijo: Corónate de rosas;
el ensueño me ofrece sonrisas de mujer,
y Juan, mi torvo abuelo, me abre juicios finales;
mas, corona mi torre de diamante y de fe,
en donde brillan puros los cielos con estrellas,

la veleta que al viento va girando con él.
Suene el bronce bruñido de tus fuertes escudos,
sé en los pueblos y razas, rosa, aliento y laurel;
en mi vida zozobran porvenires augustos
porque, ha mucho, lanzara su pregunta: *¿y después?*

XVII

MANO AMIGA...

Mano amiga, señálame el sendero
de la esperanza fiel; ya lo he perdido,
se ha esfumado en las noches su lucero;
mano amiga, señálame el sendero
al inmenso ideal desconocido.

Me duele el corazón como una herida
y en el pavor de las desgracias crueles
cruza la tempestad ensombrecida
sobre la dispersión de mis bajeles.

Mano amiga, señálame el sendero;
al olvido del Padre, en mi calvario,
la lúgubre agonía en el madero
se cierne como un buitre solitario...

Anhelo mi descanso frío, inerme;
después de mis azares errabundos
por los siglos, saber que mi alma duerme
filial, sobre la gloria de los mundos.

Ahogaré mi afán de eternidades,
aunque al hacerlo, que desgarro sienta
mi corazón, derrumbe mis ciudades,
y se apague mi luz en la tormenta.

XVIII

AL MAESTRO DIVINO

Jesús, retorna, vuelve, con tu voz encendida;
ahora se te infama y ahora se te olvida;
flameas entre el oro de los áureos ciriales,
y son de oro y de púrpura las nuevas catedrales.
Jesús, retorna, vuelve, con tu voz encendida;
ha mucho que en tu nombre la espada es homicida,
las vanidades míseras te llevan por bandera;
del fariseo el alma es pura por afuera
como en tus tiempos; vuelve en días luminosos
a consolar vencidos, a besar los leprosos,
a revivir del hombre abolidas grandezas
y a derramar tus lirios sobre nuestras tristezas.

XIX

A HUGO

Ensueños, dioses, mundos, lo vasto y lo inaudito,
en ritmos milenarios surgieron de tu vida;
tu idea como un águila, gigante y encendida
sintió un profundo vértigo estelar de infinito.
¡Poeta! Ser la cúspide humana de la gloria,
y en comunión sublime ser en Dios una guía,
un torrente sonoro de preclara harmonía,
y montaña de bronces y de luz en la historia.
Abuelo, abuelo Hugo, Señor de don divino,
el genio es un baluarte que incorpora un destino
sagrado; el genio vibra con misteriosa voz:
y mientras todo rueda por la nada extinguido,
eres siempre una enorme visión que ha florecido
en sangre y en espíritu de la gracia de Dios.

XX

ASÍ SEA

Con tu carga de males, bajo el peso
de la montaña del dolor que oprime,
como una rama que ante el viento gime,
llevas tu obscuro corazón opreso.

Y eres sólo la sombra, pie que imprime
una huella fugaz; loco embeleso
que deshace en su niebla lo inexpreso
del tiempo raudo en el girar sublime.

Caerás triunfador o vacilante,
a confundir tus ansias con la tierra
en el descanso de la vida errante;

y la sombra serás de lo que ha sido,
y tu vida la nada, lo que encierra
un lejano fulgor desvanecido.

XXI

DOLOR

La catedral doliente de mi angustia,
la selva que en los trágicos enigmas
se transformó de bronce, dura y negra,
cuyas ramas inmóviles lastiman;
mis senderos sin fin y sin principios,
el engaño y traición de nuestra vida,
el dédalo sombrío de las ansias,
el no saber lo que el anhelo quiere,
el oceano polar de nieves frías
donde nuestra razón bate las alas,
la tempestad eterna de las cimas
donde la cruz erige sus dos brazos
inútilmente vencedora y rígida,
el sollozo callado que en mi pecho
es un oceano en torno de una isla
cuyos montes desnudos se sumergen
al embate rabioso que los mina,

en un excelso descender de dioses;
el desbande de águilas heridas,
y el silencio de Dios en los abismos,
vieron mi corazón que se moría
y vieron el derrumbe de mis sueños,
y una puesta de sol de muchos días
como el poniente hacia una noche eterna
sobre mi corazón, sobre mi vida!...
Me vieron claudicar en el camino
porque ataron mi planta las espinas,
porque el silencio como un mar helado
me abrió la boca enorme de sus cimas...

* * *

La catedral doliente de mi angustia
con sus torres fantásticas y altivas,
de frente al horizonte negro y hondo
se ha llenado de luz desconocida!

XXII

LOS CONQUISTADORES

A las vírgenes tierras el corazón henchido
de ambiciones voraces, sonante la armadura,
y tendidas las velas a la buenaventura
a los mares se dieron y a lo desconocido.

De la Iberia leones que la estirpe ha nutrido,
de sangre y vino y sombras, de luz y de amargura,
ni al espanto se doblan ni tuerce la pavura,
al alma heroica y brava de santo y de bandido.

Ni en selvas, montes y aguas, obstáculos se opone
a quien lleva en el pecho su orgullo palpitante
y es hijo de la tierra do el sol nunca se pone.

Y si un día en terrores lo imposible amenaza,
quema Cortés sus naves en un valor gigante,
salvando con un gesto la gloria de su raza.

XXIII

LA ETERNIDAD

Iba en la angustia de mi paso lento
en tu enorme montaña, Eternidad,
iba errante en mi insomne pensamiento
buscándote en mi alma, Eternidad...

Yo no encuentro en tus muros los portales
y han caído tus llaves en el mar;
en martirios de anhelos inmortales,
soy tu eterno mendigo, Eternidad...

Porque mueren no amo ya las rosas,
adoro lo que nunca morirá;
y te tiendo las manos dolorosas,
para no hallarte nunca, Eternidad...

Ya no quiero sentir cual Poe un día,
de su trágico cuervo el nunca más,
y te ama sobre todo el alma mía,
más que todo imposible, Eternidad...

Haz que brote de mí la fuente viva,
que sienta el Universo en mí rodar,
y las manos de Dios sobre mi frente;
ten compasión de mi alma, Eternidad!

Ten compasión de mi alma, que va sola
en un tumulto enorme de huracán;
ten compasión de mi alma, que te inmola
la juventud, su ensueño y su ideal.

XXIV

AL QUE VENDRÁ

Cuando vengas, tu mano será de luz; con ella
abrirás nuestros ojos ciegos; divinamente
la vida en nuevas formas nos brindará ferviente
una embriaguez olímpica y nuestra alma más bella

seguirá de los dioses la nunca extinta huella,
habrá en los nuevos árboles una nueva serpiente,
los odios, la miseria, la ruindad de la gente
arderá en el incendio con que la fe destella.

Pero tu voz los hombres no escucharán, pequeños,
o te dirán iluso de inefables empeños;
mi gloria será entonces ser tu Pablo creyente

con la brasa encendida del ideal en la mano
y aureolas insignes de dolor en la frente,
con rumbo a las riberas del espíritu humano.

XXV

CAÍN

A los mil años lentos de su incansable huída,
trepó sobre las arduas cumbres de la montaña,
y el llanto formidable de su demencia extraña,
clamó perdones mudos de ansiedad dolorida;

y Dios, perdón eterno bendijo al fratricida.
De Abel la sombra trémula, primaveral y huraña,
al aliento divino que su dolor restaña,
se incorpora sonriendo de inocencia a la vida.

Y mientras tiorbas místicas de arcángeles de plata,
riegan perlas harmónicas de la ideal serenata
en la quietud absorta del crepúsculo leve,

se diseña tremendo, Satanás condenado,
que lleva en sus congojas de inmenso rebelado
el gigantesco orgullo que frente a Dios se atreve.

XXVI

VIDA

Cuerpo humano, suprema maravilla,
músculos fuertes, líneas harmoniosas,
hondo mirar do luz interna brilla;
cuerpo humano tendido hacia las cosas...

Desde el talón a la cabeza erguida
un poderoso influjo en ti circula;
asomada a tu faz canta la vida,
y en pensamiento, amor y ritmo ondula.

Te yergues frente al alba y al oceano
tendidos los dos brazos a la altura,
la majestad del numen prometeano
radiante en tu nerviosa arquitectura.

Más alto, ¡joven dios!; que tu cabeza
ceñida con los mirtos y las rosas,
al resplandor de la inmortal belleza
se circunde de lenguas luminosas!

XXVII

EL PROFETA

En los ojos obscuros extrañas claridades,
hirsutos los cabellos, la barba como un río;
con el gesto grandioso y el ademán sombrío
ascienden sus palabras de las eternidades.

Le consume el espíritu un afán de verdades
únicas, poderosas; como el fuego bravío
flota en grandes hogueras su torvo desvarío
de penitente indómito en duras santidades.

Y al cruzar con su índice a irreales visiones,
al sembrar sus parábolas de esperanzas austeras,
conturbando, irascible, las humanas pasiones,

hay mujeres dulcísimas, Verónicas piadosas,
que tienden a sus plantas sus rubias cabelleras
los brazos extendidos en ansias misteriosas.

XXVIII

SOFISTAS

Somos los dos sofistas; gustamos, lentamente
seguir en las penumbras de la suave avenida
que invade el alma etérea de la tarde dormida
divagando ilusorios, verdad inconsecuente.

Construímos las torres de la imposible vida,
y cuando se abren astros en el cielo esplendente
el dulzor nos invade de un antaño ferviente
y de otra primavera para siempre abolida.

Y bulle en nuestras almas una agreste frescura
de jazmines y fresias; desde el azul profundo
palpitan las estrellas sobre del agua obscura;

se deshojan azahares en las fragantes frondas;
e impregnados del alma de belleza del mundo,
florecen sueños diáfanos en las tristezas hondas.

POEMAS

EN EL ABISMO

La Fatalidad, *a la Tierra*

—¡Un astro! cifra errante, voluble, transitoria;
murieron cien millones de astros sin historia,
y tú, Tierra, no eres más que un punto que pasa
por las eternidades; el tiempo una hora escasa
posará en tus almenas su bordón peregrino;
fatalmente la arena se vuelca del destino
y morirás un día en órbitas lejanas
bajo el ojo sereno de inclemencias arcanas.

* * *

Las palabras ardientes sonaban en la altura,
y al llegar a mi oído preñado de amargura,
me encontraba, en la tierra, frente a la inmensidad;
mi cabeza cubríase de excelsa claridad;
y sentí que mis plantas arraigaban, secretos
de la tierra subían a los ojos inquietos,
y se anudó un orgullo tan grande a mis entrañas,
que estaba más arriba de todas las montañas;
afluían en mis venas, las lavas, los oceanos;
y arrancando una selva la hice lira en mis manos,

la lira poderosa que todo aliento encierra
y en mis labios ardía la gran voz de la tierra:

La voz de la tierra

El porvenir se erige enormemente extraño;
si cierra al infinito su puerta cada año
y la hoz desconocida del tiempo siega todo,
la luz sagrada y límpida que surge de mi lodo
para arder en las cumbres de la cabeza humana,
al Universo virgen su maravilla hermana.
De mi seno surgieron las frentes luminosas,
más altas que las épocas y efímeras cual rosas;
los poetas que tienen en el tiempo un abuelo,
grandiosos como astros y azules como el cielo,
que del pasado traen en éxodo al futuro
la llama ardiente y viva del gran enigma oscuro.
Si ellos hablan, Dios oye lo que dicen; su intensa
claridad es de augurios de una esperanza inmensa.
Dios sabe de las lenguas silenciosas y hurañas
que en los siglos perduran, memorables montañas,
Sinaí augusto y fúlgido, que ardiendo hace al olvido
inundarse en milagros de lo desconocido.
Los poetas son voces de Dios sobre la tierra,
que cruzan chispeantes en son de dulce guerra,
del ideal imposible, radiantes de esplendores
o erigidos en símbolos sobre de los Thabores.

Los sabios que meditan mil noches y mil días,
que encierran en el círculo de vastas geometrías
las redes prodigiosas de las constelaciones;
y profetas sonoros de celestes visiones;
sobre esas tres cabezas mi triángulo fulgura,
y espero el día trágico de la gran aventura,
como un niño al regazo de su padre invencible;
y estará de mi lado, si no Dios, lo imposible!
Oíd, de mis entrañas las tres voces gloriosas:

El Poeta

Yo vengo desde el fondo de edades fabulosas,
con un presentimiento sublime entre mis manos;
amamanté los hombres y al hacerlos hermanos
canté las grandes fuerzas, las íntimas venturas,
abrí las selvas negras de espantables pavuras
y dije: ¡piensa!, dije: ¡ama!; las religiones
en las liras augustas nutrieron sus mugrones,
del vástago perdido sobre el enigma espeso.
Donde la voz no llega presiento lo inexpreso.
Soy sagrado y heroico tan grande y tan profundo
que encierro en una estrofa como a una flor al mundo.
La llama que ondulante circula por la lira,
la fuerza sobrehumana que a mi cabeza inspira
desciende en espirales, desde yo no sé dónde...;
cuando hablo entre las sombras, la sombra me respon- [de,

y soy como un sentido de fe que se derrama
o en las oscuridades la antorcha que se inflama.

La Fatalidad

Mi hoz a todos siega como al maduro trigo;
mi corazón de bronces no tiene un solo amigo.

El Sabio

Yo descubrí en el átomo casi invisible un mundo,
un universo virgen tan grande y tan fecundo,
que lo habitan cien orbes; la dimensión no existe;
sobre mi frente pálida, sobre mi frente triste,
se deshilan las leyes eternas; yo diría
Dios existe; y estudio su gran sabiduría
maternal que, no haciendo nada vil ni pequeño,
está sobre el asombro y está sobre el ensueño!

El Profeta

Yo espero sobre el viento de Dios, el cataclismo,
estoy contra la Tierra, y de tu parte, Abismo;
yo soy el Juan de Patmos, ungido por la gloria;
de un aletazo mi águila puede borrar la historia,

y mi clamor resuena, potente, extraordinario;
sin comprenderme el hombre me llama el Visionario.
En mi pecho se anudan enormes opresiones,
quise tender mis alas como muchos ciclones,
quise decir palabras divinas y desnudas
que en prodigio cegaran a las pupilas mudas;
yo soy el Juan de Patmos, el genio sibilino
que ha visto un día el alma profunda del destino.
El mar rezonga siempre ante mi vista terca,
rugiente me amenaza y en espumas se acerca,
para mis pies sangrientos envolver en jazmines;
y a veces soy tan vasto que en todos los confines
mis miradas penetran invasoras y graves;
mis pensamientos pueblan el mar de grandes aves.
¡La tierra, el tiempo, el hombre!, todo es, será lo mismo;
está lleno de lágrimas humanas el abismo;
injusticias asolan como lepras de fuego;
jamás un alma buena presintió su sosiego,
jamás, jamás el día de las dichas humanas
mostrará a las riberas sus auroras lejanas.

La Fatalidad

En el inmenso sueño va a perderse la vida;
la raza humana sola, va doliente y herida,
con los ojos vendados y taciturna frente,
y en tanto, en cada cuello se anuda una serpiente...

* * *

Ya la diáfana aurora, de luz palidecía,
con su lucero de oro en la frente del día;
el pájaro en la selva daba al aire su trino
y se elevaba el alma del bosque matutino;
era aliento de vida la dulce primavera
como divina náyade de ardiente cabellera,
y amor, amor, decía la celeste alborada,
mística y ruborosa con su boca rosada;
y amor, amor, los cielos y la tierra y el día,
que puso su luz blanca sobre la pena mía...



LÁZARO

PERSONAJES

Lázaro, resucitado.

Marta, hermana de Lázaro.

María, hermana de Marta.

Esther, novia de Lázaro.

El Judío Errante, personaje legendario.

Un judío.

Un griego.

Jesús.

Una tarde de Betania. Casa de Lázaro. A lo lejos, bajo el sol que declina, las torres de Jerusalén.

LÁZARO, *al judío errante*

Huye, huye, judío; no te detengas, sigue...
huye del mundo y huye de la muerte y la vida;
una sombra implacable a los hombres persigue
y hay en todas las almas entreabierta una herida.

Huye, huye, judío; yo soy Lázaro, existe
la muerte, existe; nunca diré lo que ella sea,
aunque he vuelto tan sabio y aunque he vuelto tan triste
que tiembla como un pájaro azorado mi idea.

Llevamos pensativos nuestras graves figuras
a solas con el vasto dolor del pensamiento,
a la muerte, de enormes soledades obscuras,
y ronda nuestro paso su tenebroso viento.

He golpeado las puertas de lo invisible, mudas,
y he sentido la brasa del pavor en mi cráneo;
y al entrever tremendas las verdades desnudas
fracasé en el derrumbe de un mundo, subitáneo...

Tú llevas en los ojos del éxodo la carga,
yo, traigo en las pupilas sacrílega demencia:

probé la vida, inútil; probé la muerte, amarga;
y un arpón encendido traspasa mi conciencia.

Huye, huye, judío, no te detengas; cruza
los límites precarios de la muerte y la vida...
de los sueños efímeros, de la esperanza ilusa,
a donde esté la fúlgida salvadora, dormida.

EL JUDÍO, *a sí mismo*

Extraño entre los hombres, en selvas, en desiertos,
andaré para siempre, para siempre jamás...
Cuando caiga rendido, con los brazos abiertos,
sentiré que me gritan: andarás, andarás!...
(Se va.)

MARTA, *a Lázaro*

En tus ojos, hermano, flota un fulgor siniestro;
hay el horror sombrío de un imposible asombro;
ayer, ni sonreíste cuando el dulce Maestro
era por ti ternura, su palma sobre tu hombro.

La túnica de lino que tejiera mi mano
ponte, orlaré de rosas tu cabeza doliente;
será mi amor un alba en tus duelos, hermano;
irás risueño y suave como un convaleciente

por las sendas nocturnas de sombras temblorosas
donde en vagos retornos de luna y de canción,
vuelven graves y bellas las novias misteriosas,
las novias que al crepúsculo se envuelven de ilusión.

ESTHER, *acercándose a Lázaro*

¡Oh, Lázaro que adoro...

LÁZARO

Antes fuiste la amada,
por tus ojos esquivos, tu fragancia de nardo...
Hoy oscilan mis sueños sobre el haz de la nada,
y ya nunca te espero, y ya nunca te aguardo.
No abre la adolescencia mi cariño de triste,
lo que miras es Lázaro que volviendo no existe.
La tela del sudario que me cubre es la valla
ante la cual se quiebra en espuma el oceano;
cuando un día la vida se rompa en la batalla
del tiempo, verá el último lo inútil de lo humano.
No enciendas en mis duelos tu pasión halagüeña,
en ansias juveniles claridad turbadora,
tu ternura que, siendo de mujer, es pequeña,
y en matinales éxtasis no vive más que una hora.
Hoy, me muerden las viles, las hondas cobardías,

húyenme los amigos de mi faz abismada;
y camellos sedientos mis fugitivos días,
¡ay! exhaustos encuentran la cisterna cegada...

MARÍA, *a Lázaro*

Calla, Lázaro, y sigue de mi mano fraterna;
mis lágrimas quemaron la tumba en que dormías;
Jesús ofrece el lirio de la pasión eterna.

UN GRIEGO

Resucitó a una joven callada y sensitiva
que despertó sonriendo al alba ruborosa;
radiante, se tornara de pronto pensativa
recordando y de nuevo volvióse luminosa...
¡Jesús! Oh, yo le he visto, todo es claro y sereno,
cual de angélicas tiorbas su voz es melodía;
sobre todos es grande, sobre todos es bueno;
y se trocó en unciones al verle, la ironía.
¿Por qué volverá este hombre sepulcral, dolorido;
por qué luchas, oh, Lázaro, entre agrias pesadillas,
si el milagro sus rosas en tu alma ha florecido?

LÁZARO, *al Griego*

Estoy sobre las cifras fugaces de una hora;
los hombres me parecen alegres nubecillas

que se deshacen raudas ante el sol de una aurora.
Mi sombra fué llenando las noches visionarias;
porque tú eres un ciego de tus ciencias precarias
disientes del que sabe, del que sabiendo llora!...

Un Judío

Dime, Lázaro, dime lo que oculta el arcano;
en ser irremediable la eternidad me arredra;
tú que sentiste el roce lúgubre del gusano,
teniendo por almohada la funeraria piedra,
y, que a la voz del Justo te alzaste obediente,
con los brazos tendidos y la cabeza baja;
tú, que vuelves callado y abismado y doliente
y que aun cuelga en tus hombros la espantable mortaja.
Qué traes del abismo que el inmenso Dios puebla;
qué senda tortuosa de angustia hirió tu paso;
a tus ojos se asoma pavorosa tiniebla
y se mira en tus ojos agonía y ocaso...
Dime, dime el secreto de tus dolores; dime:
—¿tú sufres porque tornas a la suerte mezquina,
o viste disiparse de la ilusión sublime
las torres celestiales de la ciudad divina?

Marta, *a María*

María, Jesús viene, recíbelo tú, hermana.

(Se van Marta y Esther.)

El Griego

El alma a su presencia se torna cristalina.

María

Lo envuelve y tornasola la luz de la mañana,
lleva en su frente un nimbo de amor que lo ilumina

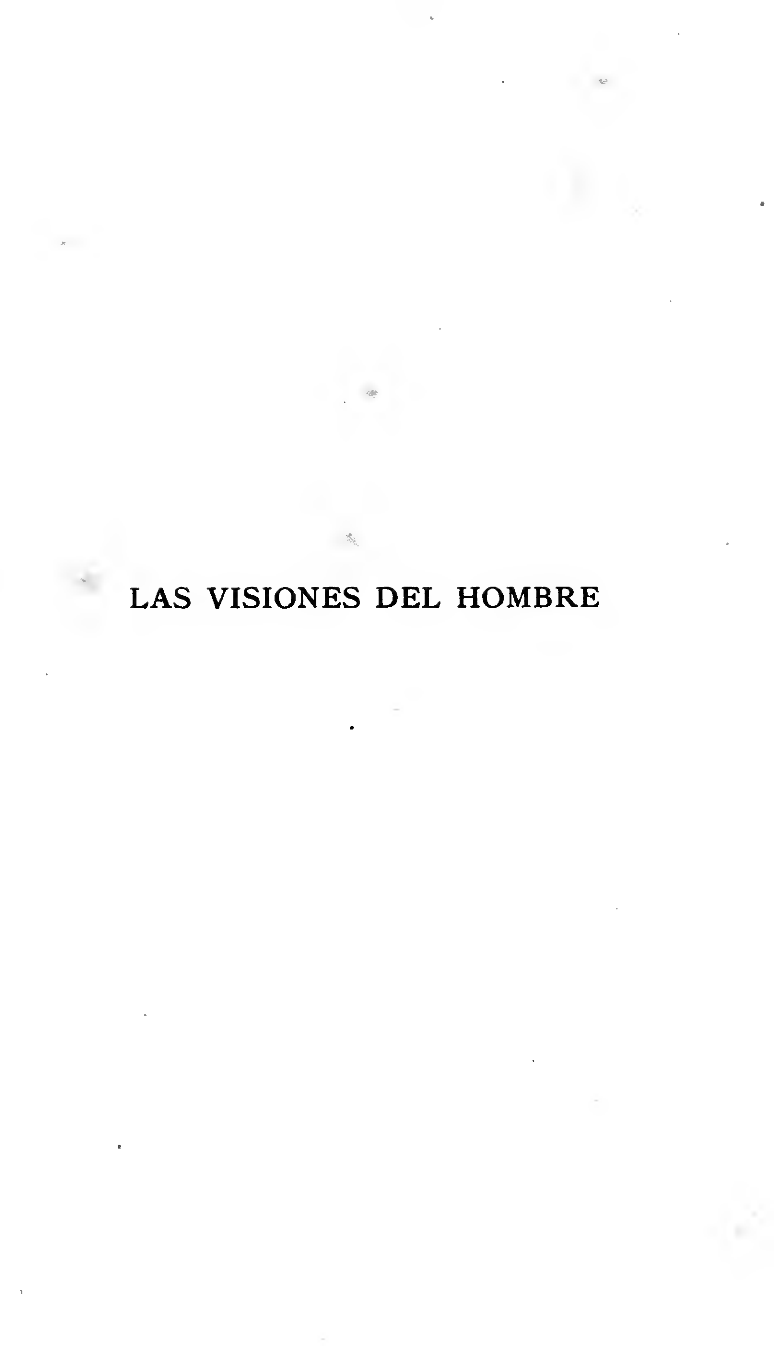
El Judío

Y a veces en los ojos la noche tempestuosa...

* * *

La tarde de oro pálido se aleja silenciosa.
Jesús se acerca lentamente, meditabundo,
y la calma desciende de los astros al mundo.
Se apagan los rumores de eclógicas esquilas,
flota el vaho opalino de las noches tranquilas;
y en el horror unánime la bendición fraterna
es en húmedas ánforas fresca agua de cisterna;
un descender ilímite de fe sobre las cosas,
la sonrisa que encierra ya el olvido de todo,

cuando la cruz florece primaveras de rosas
y la luz extrahumana se enciende en nuestro lodo.
Y tocando el ensueño las pupilas abiertas
de ansiadas maravillas va entreabriendo las puertas:
al horizonte diáfano se erigen las ciudades
de la ilusión, las cúpulas de oro resplandeciente,
y baja en las escalas de excelsas claridades
el ángel luminoso del Padre, hacia la gente...
Mas, sólo a él ocultas las celestes visiones;
frente a Jesús, al tiempo y a las constelaciones,
mordido por la angustia de sus desolaciones
gimió Lázaro, amargo su sollozo profundo,
cual si surgiera ardiendo de la entraña del mundo,
y al prolongarse trágico en la noche dormida
se aguzó como el hierro de un puñal homicida.



LAS VISIONES DEL HOMBRE

I

Apretadas las barbas por las nerviosas manos
y los ojos hundidos en paisajes lejanos
mirabas el poniente; tus ojos de hombre, lentos
y esquivos, que se alzan llenos de pensamientos;
tus ojos de hombre, tristes, vagos y poderosos;
que buscaron un día edenes milagrosos,
se iban en las sombras en ilusorios viajes
como un desbocamiento de corceles salvajes.
Tu frente, torre insigne, rugosa y visionaria,
que ha ardido en las hogueras de luz extraordinaria,
y que emerge radiosa del abismo inmortal
y que sintió los dardos del arquero fatal,
tu frente, torre insigne, se iba en tus pupilas;
tus manos rudas y ásperas, salvajes intranquilas,
que inscribieron al Verbo en círculos gloriosos,
y de un golpe postraron los leones y osos,
tus manos, como águilas heridas y llameantes.
Dime, hermano divino: ¿a dónde van tus ojos?
del ocaso los últimos resplandecientes rojos
se apagan en la cumbre de la montaña erguida...

¿Van acaso a la Muerte? ¿Se ciernen en la vida?
¿Acaso de tu genio buscas la barca de oro
con sus velas de luna en el lago sonoro?
Tú quieres que tu alma, sin límites, ardiente,
corone doce torres de un zodíaco; tu frente
se mira tan adentro que llegas hasta Dios
con el presentimiento; torturada tu voz
se retuerce encendida como serpiente loca;
tus palabras descienden soberbias de tu boca,
tempestuosas, profundas, formidables, serenas;
te agitas como presa de invisibles cadenas
que en vano trozar quieren tus brazos... Dime, hermano,
ese poder oculto que se crispa en tu mano,
tu silencio y tu orgullo... Te escucharé contrito,
como un hombre en una isla que cerca lo infinito!...

II

Entre laderas ásperas, la selva
desciende; ya la tarde lanza lejos las sombras,
y flotan leves músicas errantes...
Es la hora grave; un águila gira en círculos amplios,
gira como una idea por descender a un hombre;
gira como mi espíritu en torno de sus centros,
de mi espíritu fuerte que de sus duelos surge
para tentar las bravas tempestades futuras;
gira como mi espíritu que quiere conocerse,
penetrar a su fondo y surgir de su abismo
cargando en sus espaldas escorias y cenizas
y los árboles muertos y las aguas sin cauce.
Mi libertad se anuncia como una gran marea;
siento jóvenes ansias como potros robustos,
cual divinos centauros de dardos luminosos.
Lejos de mí, tristeza, desamparo en mí mismo
de la vida; muy lejos; huíd ¡oh! nieblas grises;
encenderé una hoguera de mis torvos dolores,
que aullarán cual lebreles quemados en la selva,
como pálidos hombres de ojos melancólicos,

o cual dulces mujeres furtivas y románticas.
Escalaré la cumbre de todos los caminos!
(Eternidad, ¡oh, pérfida! me ocultas
una senda, la senda que cruza tras la vida...)
Mas, alegres, reiremos, a las altas estrellas,
vendremos de ellas mismas hasta nuestros umbrales,
el corazón abierto a una lluvia de rosas;
y un silencio profundo, de inefables perfumes,
irá como una brisa, sobre las almas quietas.
—¿Adónde posaré mis libertades,
más alto que los nidos de las águilas
y que la esclavitud de las estrellas?
(La Eternidad, ¡oh, pérfida!, es el fondo
en donde todo vuelo es sólo un águila
que gira para siempre...)

III

Brazos míos, sed fuertes; brazos míos,
tenemos todavía que andar mucho;
que conquistar imperios y levantar ciudades,
que franquear caminos que son páginas
que se leen al largo de peregrinaciones...
Tenemos que ir muy lejos.
Más allá de las cosas, al fondo de las cosas,
y decir a los hombres la voz de la esperanza;
brazos míos, seremos apoyos y sostenes,
alzaremos cabezas hundidas en las sombras,
romperemos, hostiles, las más agudas zarzas.
Cabeza mía, tienes que contemplarte inmóvil;
sólo inmóvil tú puedes ir muy lejos,
llegar a las riberas de tus propios arcanos
y en sus espejos verte, como un árbol florido;
tiene que penetrar tu fondo inmenso
y ser tan clara y diáfana como un azul de auroras.
Cual Lázaro ligado en el sepulcro
a la voz imperiosa, levántate y camina;
cuerpo mío, camina sin trabas y despierto

y ágil, que las alondras canten júbilos vivos,
sobre tu cabellera como en briznas lozanas;
y mis ojos se animen de luz ardiente y pura.
Tenemos que adorar la vida inmensa,
demostrar la belleza de la vida,
en la sonrisa, la ilusión y el triunfo,
y encerrar la belleza de la vida
en el largo poema de las noches,
en el sosiego de las horas dóciles
que como rosas frescas se entreduermen
alredor de la mesa en que meditas
el poema soñado, el inconcluso
poema, que tú dices: terminaré mañana,
y que nunca termina,
porque un algo se va como un perfume
que no puedes fundirlo en tus estrofas...
Quizás, mañana en la alborada virgen,
erigirán cien cúpulas las torres del poema...

IV

No debió ser así; cuando tu índice altivo
me dijo: ¡anda! y levanté los ojos
y vi los dos caminos que se abrían,
debía haber seguido el tuyo, Espíritu;
y nadar en tu luz y en tus tinieblas,
descifrar tus ciclópeos alfabetos,
dar la espalda al orgullo de los hombres,
a la triste ruindad de cada hora,
ser libre, libre y puro como el águila
y flamear en las ondas del espacio sin límites.
Atravieso las mágicas ciudades
que duran un segundo en la evasiva
ondulante ansiedad del río humano,
de miseria, de envidia y de congojas
que estrangulan los cuellos como víboras...
Ansia de Eternidad, de la infinita
Eternidad, me arrastra para luego
sepultarme en las ciencias que claudican,
en la red angustiosa de los años...
Cuando sentí el primer impulso tuyo

te escondí como un crimen para siempre,
te alargué las dos manos, ahogándote.
No debió ser así, lluvia de fuego,
llama que ondeas en las cumbres únicas;
debí olvidar el vano y vil orgullo;
él, me ha cerrado el mundo de tu empresa divina,
y al rodar en las rocas agudas de mis duelos,
impotente y doliente y visionario,
aún palpita en mi pasión tu espera,
y en la Nemphis sagrada de mis desilusiones
ciernen su inmóvil majestad los astros...
Vuelve, retorna, quémame,
que al hundir mis dos brazos en la sombra,
en las ramas del árbol misterioso
sus ramajes se cubren de relámpagos
y beba el fuego vivo que enciende al Universo.
Tú solo eres, ¡oh! Espíritu inasible;
ante ti sólo somos, quimera fugitiva,
que esconde entre las sombras un gran crimen!

V

—¿Cruzaré desde el Alfa hasta el Omega?
Si te amo, Eternidad, y te amo, Todo.
Mi lámpara encendida en un santuario
se apagará en la ráfaga del viento;
y te amo, Eternidad, y te amo, vida,
selva y fecundo bien de bienes máximos.
Prolóngate, mi luz, sobre las cosas,
prolóngate, mi luz, sobre los astros;
ten, ciencia mía, círculos inmensos,
zodiacos, meridianos y cometas,
grandes soles ardiendo eternamente
y sé sabiduría que no acaba,
donde la tierra ruede como un punto.
Florece, vida, en tus ramajes, rosas;
enciende, vida, en tus espacios, astros;
álzate fuerte y secular, como una
visión de la harmonía
que rige con su ritmo las esferas;
tiéndete al porvenir, ilimitada,
y enciende tu gran luz sobre tus cumbres!

NATURA RERUM

A un poeta.

I

LOS CISNES

¡Oh! Poeta, los Cisnes en las aguas dormidas
arqueando sus cuellos de nieve inmaterial,
son blancas y serenas visiones presentidas
de una harmonía inmensa, misteriosa y cordial.

¡Oh! Poeta, los Cisnes que amastes en los lagos
al decir tus canciones de vehemencia inmortal,
que supieron, divinos, amorosos halagos
cuando cae en las aguas la palidez astral;

los Cisnes, tus hermanos de lujuria y sagrada
beatitud, los príncipes del ensueño y la unción
que cubren con sus plumas de albura inmaculada
la noche extraña y trágica de un hondo corazón;

como en tus versos sacros, imprevistos, profundos,
bajo los doce signos del dombo zodiacal,
me dicen en los lagos, lentos, meditabundos,
como a ti, mi Poeta: la *Aurora es inmortal...*

II

LOS CÓNDORES

Gravitan en el aire maravillosamente
altivos, con sus alas van llenando los cielos,
y atraviesan la inmensa alba resplandeciente
con majestades bíblicas de sagrados abuelos.

En las garras y el pico la opresora potencia
y en los ojos sangrientos el misterio profundo,
navegan las borrascas de bárbara violenciá
como las fuerzas vivas, milenarias del mundo.

¡Oh! Cóndores, mi espíritu de púrpuras violentas
con inquietud indócil y congojas extrañas,
quisiera cual vosotros, nadar en las tormentas
y habitar en la cúspide final de las montañas!

LOS CIERVOS

En las obscuras selvas de abetos y cipreses,
cuando el lunario lívido ya las sombras derrama,
se sienten los sonoros rumores y embriagueces
de los tímidos ciervos que ha encendido la brama...

LOS BUEYES

En el borde apacible de las aguas dormidas
a la hora en que la tarde sobre las ondas riela,
se contemplan los bueyes en formas invertidas
que tiemblan de las garzas en la sangrienta estela.

LOS PAVOS BLANCOS

Como en los cuentos de hadas son los blancos pavones
en la dulce mañana del octubre fragante,
solitarias y antiguas, las claras ilusiones
que llenaron tus ojos de un ensueño distante...

RUISEÑORES

En sus trinos deslíe su congoja la luna
y en mi alma un secreto muy hondo se revela:
he muerto en una noche de mi buena fortuna,
y era mujer y pájaro de luna, Filomena...

LOS PAVOS REALES

Bagdad..., Mil y Una Noches..., desnudez lujuriosa,
en misterio y suspiro, lejanas melodías,
el Oriente profundo, de pasión prodigiosa,
Sherezada nostálgica, Salomé y Herodías...

LAS ABEJAS

Os adoro, ¡oh! abejas, ¡oh! líricas latinas
de la Grecia de Homero, de América del Sol;
como vosotras, vuelan las palabras divinas
entre líricas selvas, en el verso español.

LA TARDE

Otoño, de tus tardes amamos la belleza,
soñando muchas horas de paz en la ventana;
se sienta entre nosotros la pálida tristeza,
y vierte un velo casto de luz en la cabeza
en una dulce y diáfana intimidad de hermana.

EL HADA ALEGRÍA

Esta es el hada Alegría,
divinamente rosada;
hoy dióme su don el hada,
el don de su melodía...

En su reir había
una promesa deseada;
mi alma estuvo desolada
y por el hada, reía...

Después, luz y sombra, frágil
claridad en la arboleda,
la vida joven y ágil...

Muchas rosas, ansias, risas,
un tenue crujir de sedas
y un suspiro entre las brisas...

EL ALMA DE TUS OJOS

Cuando te acercas a mí
en tu dulzor otoñal
cual doliéndote del mal
de mi ilusión baladí,

mi tristeza grande y bruna,
espectral y solitaria,
se espiritualiza en aria
de ruiseñor a la luna...

Cae la noche violeta
sobre el agua diamantina,
y una estrella te ilumina
desde mi cruz de poeta...

Si entregas blanca y doliente
tu dócil mano a mi mano,
con el amor extrahumano
de una monja penitente,

entre los duros abrojos
del existir cotidiano,
reposa mi sed de oceano
en el alma de tus ojos.

POESÍA

Como una flor ruborosa,
en tu hermosura suprema
ves surgir desde el poema
una luz maravillosa;

lees a Hugo, y suspensa,
al ungirme en tu mirada,
te quedas transfigurada
con una aureola inmensa.

RELIGIÓN

Eras alegre y pagana,
y hoy cristiana,
¡oh! tentadora sutil...
Mas, en tus ojos se advierte
el espanto de la muerte
ante la cruz de marfil.

AMOR

La tarde, rasa y oro—y el encanto fatal...
No sé aún si te adoro,—mas en mi pena lloro
irremediable mal.
No sé qué triste duelo,—irremediable mal,
gime su desconsuelo—de tarde, mar y cielo
y de encanto fatal...
Sirena, esfinge, duda—gran esfinge abismal,
vienes a mí desnuda—irresistible y muda
de candor pasional...
Ay, de tu garra fiera—en tu sexo fatal,
oro en tu cabellera,—en tu mirar pantera
tropical, vesperal...
Ya todo lo he perdido—en mi selva de mal;
en mi selva de olvido—abre su cola, erguido,
un gran pavo real.
¡Oh! tu inmensa mirada—tu perfume oriental;
—¿por qué si no amo nada—tienes en mí, clavada
su hoguera matinal?
Dará su canto el ave—ruiseñor; y al astral
canto, tú, dulce y grave—serás toda una suave
flor de luna nupcial.

Los candelabros de oro—arden ya, ¡oh! Inmorta
no sé aún, si te adoro,—pero en mi pena lloro
irremediable mal...

EL HOREB

He caminado tanto, viví tanto
entre espinas mordaces y entre espanto,
que el día que en la zarza te presienta,
se inmovilizarán mis ojos bravos
y cundirá el pavor en mis esclavos
al látigo lustral de la tormenta.

LA NOCHE

Su sombra se acercó como una hermana,
así la suave novia que nos guía
a la profunda selva de harmonía
que se presiente en la ilusión lejana...

De su paz misteriosa descendía,
la unción de una ternura sobrehumana,
y en nuestra honda ancianidad arcana
su diadema inmortal resplandecía.

Y recliné en su corazón mi frente,
y mi dolor de eternidad, opreso,
y la esperanza y el amor ferviente.

Y floreció sobre mi alma impura,
la flor blanca, inefable de su beso,
como una inmensa anunciación futura.

LOS HÉROES

En el dolor de lo imposible, al viento
de un huracán de homérica pavura,
se erigen en espectros de bravura
semblante triste y ademán violento.

Al resonar ciclópea la armadura,
lanzan los ojos su mirar sangriento
y ondula y crece misterioso aliento
de rebelión de ensueño y de amargura.

Y en el épico instinto de la gloria,
espoleando el corcel a la victoria,
cada uno altivo, señorial y fuerte,

se esfuman en las noches abismadas
como un rosario de hordas desatadas
en un vasto tropel hacia la muerte!

SEÑOR, SEÑOR...

Me enceguecíó tu luz extraordinaria
y la fe del milagro abrió mis ojos,
y estrangulé la esfinge milenaria
al dolor de satánicos antojos.

Con fines altos, deslumbrantes, miro
que tus manos posáronse en mi llaga;
el viento heroico de la acción aspiro:
dime, dime, *Señor: ¿qué quieres que haga?*

LAS FUENTES DEL CREPUSCULO

A José de San Martín.

La estrella del Crepúsculo, al Angelus divino,
tembló sobre las cimas lejanas; el poeta,
con la carga de mundos del extraño destino
oyó las viejas voces de la inquietud secreta:

Una voz

Vanidad, vanidades, el afán y la gloria;
vanidad, vanidades, la vida transitoria;
el amor y las ciencias, vanidad, vanidades;
las palabras se esfuman y caen las ciudades,
el pensamiento muere y es pasado el futuro,
la verdad sin riberas y el porvenir obscuro.
Los hombres llevan míseros su pequeñez de hormigas;
la vida es un misterio y un problema es la muerte,
y nadie el signo augusto de la verdad advierte.
Creed, os dicen, niega, descubre, indaga, crea,
—¡ tan poco puede y sabe la deslumbrante idea !—
y siendo todo inmóvil a tus miradas muda,
os engaña el talento y os castiga la duda;
—¡ Dormid, cerrad los ojos, yo os presto mi almohada;
del único consuelo, soy tu madre, la Nada!

El Poeta, *a la tierra*

Tierra inmensa, urna cálida de la vida, remanso
de las infinitudes del vacío; doliente
corazón que atormentan las llamas y descanso
de la sombra nocturna que te sigue fielmente
para mostrarnos diáfana del cielo los poemas,
ante cuyo misterio nuestra mente medita
y sintiendo las ansias de verdades supremas
se desgarra en los vientos de la noche infinita.
La cabeza del hombre, soñador y divino
enigma, Dios y bestia, arraiga en tus entrañas
su sed irremediable del futuro destino
sin encontrar la clave de inquietudes extrañas;
porque somos los hombres, sólo en anhelos vanos,
figuras transitorias, efímera incidencia,
y en nuestros duelos múltiples, Prometeos humanos,
jamás encontraremos lo inicial de tu ciencia;
mas tú, madre sublime, callas, la muerte asola
tus jardines y surgen nuevamente fecundos,
y las vidas florecen, eternas, su aureola,
y sigues en tu viaje fantástico a los mundos.
Allá, sobre las márgenes de Dios, sobre el escombro
de Universos vencidos de vejez, donde un día
dormirás para siempre, sin fiebre y sin asombro,
a donde no irá el eco de la dulce harmonía,

pues será tu derrumbe por las eternidades,
donde hay ríos de sombras, tenebrosas estrellas
y el sonámbulo abuelo de todas las edades,
cegadas las pupilas, se ha perdido en sus huellas;
Dios sentirá los dardos de su injusticia suma;
nos dió su pensamiento que en tu seno se abrasa
para dejarnos luego morir como la espuma,
para olvidarnos siempre, para decirnos: ¡pasa!

Otra voz

Poeta, yo te amo, te sigo, te conozco,
te he visto en las montañas meditabundo y hosco
y en tu hombro he dejado caer mi cabellera;
tú ibas solo, pensabas: yo fuí tu compañera.
No dudes y no sufras, hay un fin muy sagrado;
desde el inmenso espíritu levántate inspirado;
di a los hombres palabras de gloria y de consuelo;
pon tu luz como un astro sobre de todo anhelo;
muestra al hombre mezquino tus grandiosas visiones,
deja entre los esclavos ardientes rebeliones,
haz libros que florezcan en su llama propicia
como el clarín de bronces de un ideal de justicia;
di amor y di esperanza; ponte en todas las frentes
y ofrece inagotables las aguas de tus fuentes!

El Poeta

Ansío entre mi carne sentir que un Dios palpita,
sentirme libre y grande de genio y de huracán,
y quiero que en las sombras de la duda infinita,
revienten mis palabras, encendido volcán...
Dolor inextinguible de lo eterno me agita
de las cosas supremas que nunca morirán,
y del futuro siento la gran voz que me grita,
bocina de bajeles futuros que vendrán.
La Eternidad con dardos dolorosos me ha herido,
y soy la sombra fértil que al cruzar al olvido
ve descender la llama de ilimitada luz,
y elijo entre la vida de rosas y de eriales,
la selva pura y alta de los humanos males,
clavados por la angustia mis brazos en la cruz.

Tercera voz

Tú que vas por la senda de los atardeceres,
abiertas en el alma nostalgias de mujer,
mira mis ojos, mira mis manos, mi hermosura,
soy virginal y dulce, voluptuosa y pura;
ama la vida y ama mi beso que parece
ser un ala divina de paz que se estremece;

posa en mí tu cabeza, mis manos milagrosas
para tus sueños diáfanos se llenarán de rosas;
penetra en mis jardines bajo la tarde de oro,
a la ciudad dulcísima de mi esquivo tesoro;
ya agonizan los sones de la pálida caña
y la noche se eleva del valle a la montaña;
la estrella de las tardes pacífica fulgura
y la dicha inefable su misterio me augura...

El Poeta

¡Oh, amor sublime y diáfano en la tarde serena!
hay fragancias de nardos en la palabra buena
que canta en la dulzura de celeste harmonía;
entre luna y azahares te acercas, novia mía,
esposa mía; tienes el reposo solemne
de la ventura edénica, de la dicha perenne.

Segunda voz

Cuando se alza la lira sobre el azul sereno
se alza el mar en espumas y fracasa en un trueno,
se alza el alma al espacio cual un ave en el viento
y cruza en los espíritus un gran clamor violento.
Poeta, ve tus cúspides en lo desconocido,
escucha al Universo que te habla al oído;

ven, asciende en el ritmo de la lira sagrada
desde la hoja de hierba a la estrella ignorada;
desfonda los espacios, sumérgete en ti mismo
y sé la luz primera que surge del abismo;
recorre el pentagrama de los inmensos mundos
con las sonoridades de tus versos profundos;
los siglos se suspenden a tus labios atentos;
en ti habitan la magia de los encantamientos
y el Dios desconocido; hazte símbolo y cumbre
y quémate en la gloria de ser ensueño y lumbre;
el mundo necesita contemplar tu montaña,
los hombres se alimentan Prometeo en tu entraña,
el sacrificio es germen de todo bien eterno,
el bardo excelso posa su planta en el infierno,
y en su cabeza agítanse los astros en su curso;
tan solo él vibra siempre en el mundial concurso;
ven, anda como Pablo, tenaz, fiel, insurgente
como los torbellinos en tu visión ardiente,
la fe cierra sus templos y la ciencia medrosa
se retrae; ven, cruza la ciudad rumorosa
y los campos salubres y los agrestes montes:
levanta en tus espaldas los vanos horizontes,
tan adentro que abarques la noche y el abismo,
y yérguete en la lira de un auroral amparo
desnuda al Universo la visión de ti mismo.

El Poeta

Las estrellas fastuosas se abren en los cielos,
desde fuentes ocultas imprevistos anhelos
me embargan en un hondo dolor de religiones;
los árboles, las aguas, viejas supersticiones
me hablan, las hojas trémulas me susurran al viento
la pena misteriosa de íntimo pensamiento;
el vaho de la tierra, las músicas lejanas,
de octubre las fragancias, el son de las campanas
desvanecido, elevan mi alma en éxtasis pleno
y me siento divino primaveral sereno
en el remanso eclógico de tu inmensa dulzura,
Tierra maravillosa de inmortal hermosura,
y ardiendo en ansiedades de ilímite deseo
llena una voz mis labios y mi espíritu: Creo.

Primera voz

—¿Han mirado tus ojos los zodíacos oscuros,
palpitaste en las ondas de huracanes futuros?
Eres tan sólo un átomo que flóta en las neblinas,
ilusión tus ideas, ilusión tus retinas,
ilusión los cien años de tu vida que pasa,
la vida de los hombres que en lo eterno fracasa.

Duerme, duerme, Poeta; soy madre y soy abuelo,
hay arqueros ocultos que acecharán tu vuelo!

* * *

La noche entre las selvas, diáfana y silenciosa,
tenía las fragancias de la bíblica esposa;
era un gran pensamiento palpitante y callado
en las hierbas silvestres de frescura impregnado
y el alma del poeta, como un águila al viento,
flotaba entre las ondas de ese gran pensamiento...
